

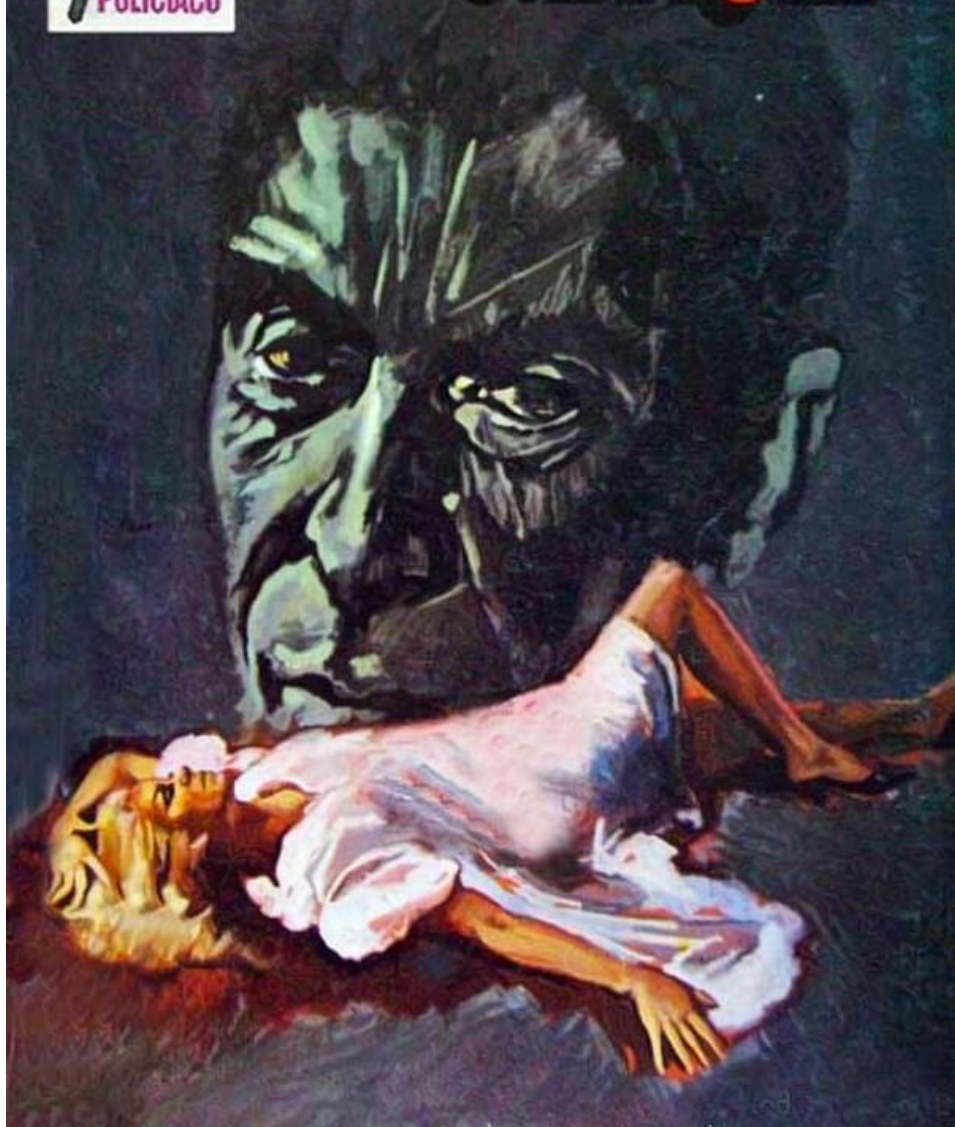
**BRU  
GUE  
RA**

BOLSILIBROS

**T** POLICIACO

**MUERTOS  
DE RISA**

**Lou  
Carrigan**





**SERVICIO  
SECRETO**



LOU CARRIGAN

**MUERTOS  
DE RISA**

SERVICIO SECRETO n.º 1708

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

ISBN 84-02-02513-7  
Depósito legal: B 9362-1983  
Impreso en España Printed in Spain  
2ª edición en España: mayo, 1983

© Lou Carrigan, 1975

Concedidos derechos exclusivos a favor de  
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.  
Camps y Fabrés, 5.  
Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de  
Editorial Bruguera, S. A.  
Parets del Vallés (N 152, Km 21,650)  
Barcelona 1984

## CAPÍTULO PRIMERO

Jane Gaywood, la doncella de los Cashmore, entró sonriente en el dormitorio de éstos, cubierta solamente con un precioso camisón de purísima blancura. En la cama, la señora Cashmore la miró afectuosamente, y sonrió.

—Te sienta muy bien, Jane querida.

Jane sonrió más ampliamente, contemplándose en el espejo del tocador. Naturalmente que le sentaba bien. ¿A qué mujer no le había de sentar bien un camisón de aquel precio, de aquella calidad? A juicio de Jane, la señora Cashmore, era, además de maniática, demasiado exigente. No hacía ni siquiera una semana que el señor Cashmore le había regalado el camisón, y ya se desprendía de él. Cosas de ricos, desde luego.

—La señora ha sido muy amable al regalármelo —dijo Jane.

—Oh, ya estaba cansada de él. Además, te sienta mejor a ti que a mí.

Jane miró con visible incredulidad a Myrna Cashmore. Por supuesto, Jane sabía que era muy bonita, y desde luego, más joven que la señora Cashmore, puesto que sólo tenía veinticinco años, y la señora Cashmore estaba muy cerca de los cuarenta. Pero, a esta edad, Myrna Cashmore resultaba todavía una mujer espléndida. Era alta, muy bien formada, elegante, y aquel camisón (Jane la había visto con él puesto) le sentaba magníficamente. Claro que, a fin de cuentas, Jane también tenía un cuerpo espléndido, era casi tan alta como la señora Cashmore, y, realmente, quince años de diferencia son bastantes años.

—La señora exagera —dijo muy gentilmente Jane.

—Claro que no. Me alegra que seas parecida a mí, porque así no tengo que buscar fuera de casa a nadie para regalarle mis vestidos.

Y a propósito, recuérdame mañana que debemos revisar mi guardarropa hay algunos vestidos de los que quisiera desprenderme.

—Sí, señora. ¿Se encuentra mejor?

—Así es, querida, gracias... ¿No crees que estarías mejor con el cabello suelto?

Jane se contempló críticamente en el espejo. Al mismo tiempo, sentía deseos de sonreír. Pero habría sido una sonrisa en la que se habría notado demasiado la burla. ¡Pobre señora Cashmore! Era amable y generosa con ella, y ella le correspondía aceptando las «atenciones» del señor Cashmore. El señor Cashmore, que tenía solamente treinta años, era un redomado sinvergüenza, claro está. Sabía arreglárselas para aparecer por casa cuando la señora Cashmore estaba ausente, e incluso se las ingeniaba para no acompañarla a visitar a su madre algunos fines de semana, alegando muchísimo trabajo. Considerando todo esto, el señor Cashmore, de un modo u otro no perdería el contacto con aquel camisón tan precioso. ¡Pobre señora Cashmore, si supiese que en su propia casa, su marido tenía otro aliciente aparte de ella!

—Quizá, sí —asintió Jane.

—Yo siempre lo llevo suelto —insistió Myrna Cashmore—, y te aseguro que resulta más... sugestivo.

Jane se soltó el largo cabello, sonriendo ahora. ¡Pobre señora Cashmore!

—Es verdad —aceptó—. Está mucho mejor así, señora.

Myrna Cashmore salió de la cama, y Jane la contempló asombrada. Para dormir, la señora Cashmore se había puesto su malla de gimnasia negra, muy fina, y adaptada a su cuerpo de tal modo que si la silueta se hubiese proyectado en la pared, la señora Cashmore habría parecido desnuda.

—¿Te sorprende mi ropa de dormir? —sonrió Myrna.

—Pues... sí, señora, la verdad.

—Todo tiene una explicación. Ven conmigo.

—Pero, señora, si no se encuentra bien...

—Estoy mucho mejor, después de tomar té y un par de aspirinas. Ha sido muy gentil por tu parte renunciar a tu noche libre para atenderme, Jane.

—Oh, no tiene importancia, señora. Lo he hecho con mucho gusto, se lo aseguro.

—Gracias, querida. Vamos abajo.

—¿Abajo? Bueno, creo que debería retirarme a mi dormitorio, en efecto. Si el señor regresase creyendo que la señora estaba sola, seguramente se crearía una situación embarazosa.

—No creo que regrese tan pronto. Ya sabes que cuando se queda en el club a meditar, viene siempre más tarde de las once. Por favor, acompáñame abajo.

—Sí, señora. De todos modos tengo que bajar...

Salieron las dos del dormitorio matrimonial, después que Myrna se hubo puesto las ligeras zapatillas de gimnasia. En el descansillo, Jane accionó el interruptor, y la luz del vestíbulo se encendió, abajo. El amplio y bonito vestíbulo de la hermosa casa que los Cashmore tenían en Mayfair, el elegante barrio londinense. La puerta de la casa estaba frente a la escalera que conducía al piso alto. A la derecha, estaba la puerta del cuarto que Sidney Cashmore había habilitado como despacho. Y dando media vuelta al llegar al final del tramo de alfombrados escalones, enfilaban el pasillo que conducía en primer lugar a la habitación de Jane, luego a la cocina, y, al fondo del pasillo, a la puerta que comunicaba directamente con el garaje.

Debajo de la escalera, estaba el cuadro de mandos de la instalación eléctrica de la casa, protegida por un armarito de madera cuarteada. Myrna Cashmore lo señaló, y las dos quedaron delante, contemplándolo, no poco sorprendida la doncella.

—Ábrelo, por favor, querida —dijo Myrna.

Jane parpadeó, desconcertada, pero obedeció. Dentro del armarito, bajo el contador, los fusibles, el conmutador central y, en fin, la instalación adecuada, había un pequeño paquete alargado, envuelto en papel de seda blanco.

—Ese paquetito —sonrió Myrna—. ¿Quieres dármelo, por favor?

Jane tomó el paquetito, y lo entregó a Myrna, que sonrió de nuevo, como disfrutando por algo que habría de causarle mucho placer.

—En realidad, es una sorpresa para ti, querida. Pero tiene que ser una sorpresa auténtica. ¿Te importaría volverte de espaldas?

—Claro que no —sonrió Jane.

Se quedó de cara al armarito abierto. Tras ella, Myrna Cashmore deshizo el paquetito, dejando al descubierto una navaja preciosa, de

cachas de hueso y larga hoja. La abrió, se metió el papel de seda bajo la malla, por la garganta, y dijo:

—Ya lo creo que es una sorpresa, querida...

Con el brazo izquierdo, sujetó a Jane por la garganta, apretándola contra su pecho. Con la mano derecha, hundió la navaja con escalofriante golpe sobre el corazón de Jane Gaywood, casi seccionando el seno izquierdo. Jane se estremeció, y lanzó un gemido ahogado, profundo, tremolante. Instintivamente, sus manos subieron hacia el brazo que rodeaba su garganta desde atrás, pero, apenas lo tocaron, sus propios brazos colgaron inertes, cuando recibió la segunda puñalada, un poco más abajo, más certera; sin tocar esta vez el seno, la hoja de acero se hundió directa en el corazón, con un amortiguado golpe blando sobre la carne y un leve chirrido al deslizarse entre dos costillas.

El cuerpo de Jane pesó tanto que Myrna Cashmore retrocedió, pero sin soltarlo, dejándolo cuidadosamente en el suelo. Y una vez allí, el cuerpo de Jane Gaywood, hundió por tercera vez la navaja en su pecho. La dejó allí, todavía empuñándola fuertemente, y sus claros ojos se fijaron en los desorbitados de Jane; estaban casi fuera de las órbitas, y el rostro aparecía lívido y desencajado en un gesto de dolor y espanto.

—¿Ves, querida? —dijo reposadamente Myrna—; ¡ya no eres tan bonita!

Retiró la navaja, y la limpió en el blanco camisón, sin importarle en absoluto mancharse las manos de sangre, que a su vez, fue limpiando. Se incorporó, fue a la cocina, y en la piletta se lavó las manos concienzudamente, asegurándose de que ni siquiera entre las uñas quedaba el menor rastro. Limpia también la navaja, la envolvió de nuevo con el papel de seda, y salió de la cocina. Pasó junto al cadáver de Jane, dirigiéndole una mirada sardónica, llegó al vestíbulo, y lo cruzó hacia la izquierda, hasta llegar a la doble puerta del salón. La abrió, encendió la luz, y miró la hora en el recargado reloj de pie. Eran las nueve y veintisiete minutos.

—Perfecto —musitó.

Apagó la luz, cerró la doble puerta, regresó hacia el pasillo, apagó la luz del vestíbulo, y fue a colocarse delante de la puerta del fondo del pasillo, la que comunicaba con el garaje.

Ni siquiera un minuto más tarde, en la cerradura de la puerta

comenzó a oírse el sonido metálico. Quince segundos después, la puerta era forzada desde el garaje, rudamente. La única iluminación que había en aquel lugar era la proveniente de la calle, que llegaba por las dos ventanas de la fachada y manchaba de un gris perla el brillante suelo de mosaico..., y parecía avivarse sobre el blanco camión que vestía Jane Gaywood. Fuera, en la calle, había un formidable «puré de guisantes», una niebla densa, como humo adherido al suelo.

La puerta fue empujada desde el garaje, y Sidney Cashmore entró en la casa de tan insólito modo, forzando su propia morada. Respingó al darse de manos a boca con su esposa.

—¡Myrna! —exclamó ahogadamente—. ¿Qué haces aquí?

—Ha ocurrido algo imprevisto —susurró ella—. Vamos a la bodega, Sid.

—Pero...

—¡Por favor!

Lo tomó de una mano, notando el blando y fino contacto del guante de piel. Tiró de su marido hacia la cocina, pero Sidney Cashmore vio aquella mancha blanca en el pasillo, y se detuvo en seco, respingando.

—¿Qué...?

—¡Por favor, no grites, no te excites! —suplicó Myrna—. ¡Te explicaré abajo lo que ha ocurrido!

Volvió a tirar de la mano de su marido, que opuso una breve y débil resistencia. Entraron en la cocina, fueron hacia el fondo, y Myrna abrió la puerta de la bodega. Encendió la luz, y señaló el tramo de escalones de piedra descendente. Quizá fue por el frío de la bodega que Sidney Cashmore se estremeció, pero Myrna ya iniciaba el descenso, tras cerrar la puerta.

Llegaron abajo, y Sidney miró a todos lados, desconcertado, como esperando ver algo que aclarase aquel misterio. No vio nada que le ayudase, así que miró a su esposa.

—Era Jane... ¿Qué le ha ocurrido? ¿Se ha desmayado? ¡No debía estar en casa, tenía su noche libre!

—Cálmate, mi amor. Espera un momento y lo comprenderás todo.

En la bodega habían numerosas estanterías llenas de botellas, a la izquierda. A la derecha, varias grandes cubas de roble viejo.

Myrna fue hacia las estanterías, contemplada con expectación por Sidney. La primera pequeña sorpresa de éste fue ver, sobre una de las estanterías, un plato y un almohadón. Myrna agarró el almohadón, y le hizo señas de que se acercase.

Sidney Cashmore frunció el ceño, y comenzó a caminar.

—Espero que todo esto tendrá una explicación inteligente, Myrna. La presencia de Jane lo ha echado todo a perder: esto no es lo que planeamos.

—Ya lo sé. He hecho algunos pequeños cambios.

Myrna metió la mano en el plato, y la retiró empuñando un arma que el atónito Sidney identificó en el acto: era su pistola, una «Astra» de 9.35, de fabricación española, que había comprado hacía un par de años.

—¿Qué haces con...?

Con una serenidad aterradora, Myrna colocó el almohadón delante del pecho de su marido, apoyó la boca de la pistola en el almohadón, y apretó el gatillo. El chasquido del disparo sonó amortiguado, y Sidney Cashmore lanzó un alarido y salió despedido fuertemente hacia atrás, manoteando. Mientras caía, miraba con expresión desorbitada a su esposa. Cayó primero sentado, y luego de espaldas, con fuerte chasquido de su cabeza contra el suelo. Ya no se movió.

Myrna lo estuvo contemplando unos segundos, inmóvil. Luego, reparó en que del almohadón brotaba un blanco y denso humo, y se apresuró a sofocar las chispas que hacían arder la lana. Dejó la pistola sobre el plato, y se acercó a su marido, contemplándole con una furia inaudita.

—¿Qué te creías? —jadeó—. ¡De mí no se ríe nadie!

Estaba todo preparado.

El tablón, las cuerdas, el barril grande de roble destapado... Colocó el tablón apoyado en el suelo y en el borde de la cuba. Pasó la cuerda por los sobacos de Sidney, y sujetando ambos extremos, se subió primero al soporte de las cubas y luego al borde de la que estaba destapada, con sólo una de las tablas cruzada. Todo preparado, arrastrando a su marido, que en pocos segundos llegó al pie del tablón. Entonces, Myrna lanzó una exclamación, dejó las cuerdas, y bajó junto a Sidney...

No. No estaba vivo. Estaba muerto. Le había parecido...

Pero no.

Lo colocó de modo que fue fácil subirlo por el tablón, Entonces, le quitó un guante, y lo guardó bajo la malla negra. En el soporte de los barriles había otro plato, y en éste, una botella pequeña y una jeringuilla. Con la jeringuilla, extrajo sangre del cuerpo de su marido, tras pincharle en una vena de la muñeca, cada vez más nerviosa y apresurada. Estaba perdiendo demasiado tiempo, pues el cadáver de Jane se iba enfriando...

La sangre extraída, la impulsó dentro de la botella pequeña, que dejó a un lado. Luego, tiró la jeringuilla y el almohadón dentro de la cuba, volvió arriba, y reanudó su labor, tirando de los dos extremos de la doblada cuerda. Le dolían las manos. Y las muñecas, y los hombros, la cintura... Pero sabía que podía hacerlo. Lo había probado tres veces, con unos sacos, y sabía que podía subir aquel peso por el tablón.

¡Lo había probado, sabía que podía hacerlo!

Y pudo.

Segundos después, reteniendo el cuerpo con las cuerdas, lo sumergía en la cuba, en el rojo vino que gorgoteó brevemente. Dejó caer la cuerda, colocó las tablas en su sitio, y las clavó. Todo previsto, todo preparado.

Recogió la pistola, los dos platos, la botellita con sangre de Sidney, y subió rápidamente las escaleras.

Apagó la luz, y salió a la cocina. Dejó los platos en su sitio, salió de la cocina, y se acercó al cadáver de Jane. Le tocó la cara, y todavía la notó ligeramente tibia. Todo iba bien. Sacó de bajo la malla el guante de Sidney, y lo manchó un poco con la sangre de Jane.

Por fin, pasó al garaje, que estaba completamente a oscuras.

—David —llamó—. ¿Está ahí?

—Sí —le llegó la voz, muy tensa, de David Hayden.

—Acérquese.

Se encontraron en la oscuridad.

—Cuidado... El guante está manchado de sangre... Déjelo caer en el jardín, ya sabe. Aquí está la botellita, con la sangre de él. Y la navaja... Ya sabe lo que tiene que hacer.

—Sí, sí...

—Márchese ya... ¡De prisa!

—¿Y las llaves del coche? —pidió Hayden.

Se hizo un silencio de tumba. David Hayden notó el violento estremecimiento de Myrna Cashmore.

—Las llaves... —jadeó ella—. ¡No me he acordado de tomarlas de su bolsillo!

—¡Qué dice...! ¿Cómo voy a retirar el coche de él de delante del club, si no tengo las llaves?

—Espere... ¡Iré a buscar las mías! ¡No tardo ni medio minuto!

David Hayden quedó solo en la oscuridad del garaje.

Y en efecto, antes de medio minuto, Myrna estaba de vuelta. David tendió la mano hacia donde oyó el tintineo metálico, y asió las llaves.

—Tiene que devolvérmelas —susurró Myrna—. ¡Y cuanto antes sea, mejor!

—Me las arreglaré, no se preocupe.

—Dese prisa... ¡Tengo que terminar ya!

—Adiós.

La puerta del garaje se abrió un momento, dejando ver la niebla blancogrisácea, en la que se recortó brevemente la silueta alta y atlética de David Hayden. Luego, se cerró. Myrna volvió al interior de la casa, dejando abierta la descerrajada puerta que la comunicaba con el garaje.

En la cocina, se desnudó completamente, tirando al incinerador la malla negra y las suaves, flexibles zapatillas de gimnasia. Recogió la pistola, y subió rápidamente a su dormitorio. Allí, se contempló con suma atención al espejo... No. No había en su cuerpo ni una sola gota de sangre de Jane o de Sidney. Y hasta parecía que ni siquiera en su propio cuerpo hubiese una sola gota de sangre, tan pálida estaba.

—Mejor... Todo será más natural así...

Se puso un camisón, abrió la parte del armario de su marido, y abrió el cajoncito donde él solía tener, olvidada, la pistola. Perfecto.

«Las llaves del coche —pensó, aterrada—. ¡Espero que David me las devuelva pronto! ¿Cómo he podido olvidarme de ellas? ¡Lo había pensado todo tantas veces!».

Bajó a la planta, pasó por encima del cadáver de Jane, y accionó el conmutador, central de la luz de la casa. Arriba, la luz de su dormitorio se apagó. Volvió escaleras arriba, se colocó en el último

peldaño, y aspiró profundamente, cerrando los ojos. Estuvo así diez o doce segundos.

Por fin, alzó la pistola, apuntó hacia la ventana de la fachada, que se veía a medias al extremo del vestíbulo, y comenzó a disparar.

\* \* \*

En la calle, a unas cien yardas de allí, paseando tranquilamente por entre el familiar «puré de guisantes», el agente policial Clayborn, que estaba deseando que llegase la hora del relevo, se detuvo en seco, respingando, y volviendo la cabeza hacia donde estaban sonando algunos disparos.

Seguro que sí: eran disparos.

Lo primero que hizo el agente Clayborn fue hacer sonar su silbato. Luego, echó a correr, sin dejar de hacer sonar el silbato, hacia aquella parte de su zona.

## CAPÍTULO II

—¿Se encuentra mejor, señora Cashmore?

Myrna alzó la mirada hacia el inspector Norton Ward, de New Scotland Yard. Un hombre muy joven, para su cargo. Quizá tendría treinta y cinco años, ni uno más. Alto, atlético, elegante, cabellos muy rubios y ojos claros, facciones secas y de expresión dura, boca fina. A las malas, el inspector Ward debía ser todo un hueso. Pero, a las buenas, resultaba un hombre afable y muy educado.

—Sí... Sí, gracias... Sí...

Estaba sentada en el sofá del salón, todavía en camisón, sobre el cual llevaba puesta de cualquier manera una bata.

—¿Cree estar en condiciones de conversar?

—Sí...

—Con su permiso. —Norton se sentó en un sillón, delante de Myrna, y le ofreció un cigarrillo—. ¿Fuma usted?

—Sí... Gracias.

Norton le ofreció la llamita de su encendedor. Miraba a Myrna Cashmore, pero sus oídos estaban atentos a lo que sucedía en el resto de la casa. La ambulancia ya había llegado, y se habían llevado el cadáver de Jane Gaywood, después que fueron tomadas las fotografías y demás datos propios del caso. Unos agentes estaban tomando huellas en el garaje, especialmente en la puerta, cuya cerradura a simple vista, se veía que había sido forzada, como la que comunicaba con el interior de la casa.

—Uno de mis hombres ha estado en el Drake Club —dijo Norton—. Desde luego, tal como le dijeron al agente Clayborn por teléfono, su marido no está allí. ¿Se le ocurre dónde puede estar, señora Cashmore?

—No...

Norton Ward se permitió encender un cigarrillo para sí mismo.

—Esto es muy sorprendente —murmuró.

—No sé... Bueno, no comprendo...

—Veamos, señora Cashmore... Voy a repetirle a usted lo que el agente Clayborn entendió cuando la encontró a usted con la pistola en la mano. Si algo no es correcto, le ruego que lo corrija. ¿Está de acuerdo?

—Sí, claro.

—Clayborn oyó los disparos, llegó aquí corriendo, y llamó a la puerta, llamando al señor Cashmore. Pero no fue él quien le abrió, sino usted. Tenía la pistola en la mano, y casi se desmayó cuando estuvo ante Clayborn. Todas las luces de la casa estaban apagadas, así que Clayborn accionó el interruptor del vestíbulo, pero la luz no se encendió. No podía ser una avería general, porque en la calle, y en otras casas, había luz. Así que el agente Clayborn fue a donde usted le indicó, para ver si había algún fusible fundido. Lo que vio en el suelo fue el cadáver de su sirvienta... Luego, comprobó que no había ningún fusible fundido, sino que, simplemente, la luz de la casa había sido apagada por el interruptor general. Sólo tuvo que accionar la llave, y la luz volvió, aunque sólo arriba, al dormitorio de ustedes. Clayborn encendió más luces, comprobó que su sirvienta estaba muerta, y pasó el aviso correspondiente. Luego, le preguntó a usted si sabía dónde estaba su marido, y usted dijo que en su club, a pocas manzanas de aquí... ¿Fue así?

—Sí. Creo..., creo que sí, no recuerdo bien. Supongo que fue más o menos así.

Norton asintió con un gesto.

—En el Drake Club le dijeron al agente Clayborn que, en efecto, el señor Cashmore estaba allá, pero, retirado en uno de los cuartos individuales que el club tiene dispuestos para que sus socios mediten a solas cuando lo deseen, y que, en tales circunstancias, las normas del club prohíben terminantemente que el socio en cuestión, sea molestado por ningún pretexto. Como es natural, el agente Clayborn insistió, dijo que se había cometido un asesinato, que usted estaba bajo los efectos de un tremendo *shock*, y que había que avisar a su marido, por mucho que lo impidiesen las normas. El conserje, en vista de las circunstancias, se mostró razonable, seguro de que el señor Cashmore no se molestaría si le interrumpían sus

meditaciones por motivos tan fundados. Fue al cuarto en el que se había encerrado su marido, llamó, y al no obtener respuesta, abrió con su llave maestra y entró en el cuarto de meditación. El señor Cashmore no estaba allí. Y la ventana del cuarto, en el primer piso, estaba abierta. Es decir, entornada. ¿Lo comprende?

—No... No.

—Tampoco estaba el coche del señor Cashmore. El conserje fue a verlo, y no lo encontró. Como quiera que es imposible salir del club sin pasar por la recepción, el conserje estaba seguro de que el señor Cashmore no se había marchado; estaba segurísimo... Segurísimo de que el señor Cashmore, no había salido del club. Al menos, por la puerta principal.

Myrna contempló estupefacta a Norton Ward.

—¿Quiere decir... que Sidney salió de su club... por la ventana?

—Lo que quiero decir es que su marido dejó encargado que nadie le molestase en su meditación, y que, a las once en punto, el conserje le avisase. O sea, que está bien claro que desde las nueve a las once, el señor Cashmore, a todos los efectos y para todo el mundo, estaba en el club, meditando en privado, encerrado en uno de los cuartos destinados a tal fin, en el primer piso. Ahora bien, el conserje lo fue a avisar a las diez menos cuarto aproximadamente, y el señor Cashmore no estaba. Según el hombre que he enviado allí, no hay la menor dificultad en salir por esta ventana, descender por la planta trepadora al jardín, y alejarse del club sin ser visto.

—Pero no... no comprendo...

Norton Ward se puso en pie, salió del salón, y regresó en seguida, portando un pañuelo sujeto por las cuatro puntas. Lo dejó sobre la mesita de centro, separó las puntas y señaló su contenido.

—En el jardín hemos encontrado este guante manchado de sangre... ¿Lo reconoce usted?

—No sé... No... No, no.

—¿Está segura, señora Cashmore?

—Bueno, no, no... no sé... Parece...

—¿Su marido tiene unos guantes iguales?

—Sí... Bueno, parecidos...

—¿Parecidos? Bien, voy a seguir recordando y ordenando lo que usted expuso al agente Clayborn de un modo confuso. Espero que esté de acuerdo con esto: usted y su doncella estaban en el

dormitorio, arriba; Ja señorita Gaywood había subido para que usted la viese con el camisón que acababa de regalarle; cosas de mujeres. Cuando estaban conversando, se apagó la luz, y como quiera que el interruptor del dormitorio no respondía, la señorita Gaywood dijo que debía haberse fundido un fusible, y bajó a ver qué ocurría, y, si era eso, retirar el fusible estropeado y colocar uno nuevo. Bajó, abrió el armario donde están los mandos, y... no tuvo tiempo de arreglar nada. Cuando entró el agente Clayborn, tuvo que arreglarlo él. Es decir, no había nada que arreglar: simplemente, conectar. Ahora, veamos qué hacía usted mientras tanto: estaba arriba, en el dormitorio, esperando que Jane Gaywood arreglase el desperfecto. Entonces, oyó un grito...

—No..., no fue un grito... exactamente... ¡Fue horrible!

—Debió serlo, en efecto —asintió Norton.

—Me asusté. Llamé a Jane, pero no me contestó. Pensé... No sé, estaba aterrada, pero de pronto recordé que Sidney tenía una pistola en el armario, y la... la tomé... Creo que pensaba que era un ladrón que había golpeado a Jane... Salí de la habitación, y disparé, para asustarlo. Y cuando estaba disparando... ¡Oh, Dios mío!

—Quizá sería mejor esperar a mañana para proseguir, señora Cashmore.

—No. —Myrna miró de pronto directamente a Norton Ward, con un extraño destello en los ojos—. Quiero decirlo ahora. Era él.

—¿El? ¿Quién?

—Era Sidney.

—¿Era su marido? ¿Lo vio usted en la oscuridad?

—Lo vi cuando estaba disparando, a la luz de los disparos. No me daba cuenta de lo que hacía. Sólo disparaba, disparaba... Lo vi a él, y cayó escaleras abajo. Lo llamé, pero no me contestó. Lo oí correr hacia el fondo del pasillo... Y eso fue todo.

—Señora Cashmore, esto no es lo que usted explicó al agente Clayborn, ¿se da cuenta?

—Sí —apretó los labios Myrna.

—Espero que también se dé cuenta de que después de lo que acaba de decirme, sólo podemos pensar que fue su marido quien mató a su sirvienta.

—Sí.

—A decir verdad —deslizó suavemente Norton—, eso es lo que

yo estaba pensando. Tenía que pensarlo considerando la ausencia de su marido en el club... Tenía que pensar que se había preparado una perfecta coartada para venir aquí esta noche. ¿Usted no lo sabía?

—Sabía que él iba a venir, pero un poco más tarde de las diez, cuando ya yo apagase las luces.

Norton Ward sonrió cortésmente, con visible esfuerzo.

—Me temo que soy yo ahora quien no comprende, señora.

—El tenía que venir a robar las joyas. Últimamente, Sid ha estado gastando mucho dinero, así que cuando hace unos días me pidió cierta cantidad, me negué a dársela, porque desde que me casé con él, mi pequeña fortuna ha estado mermando continuamente.

—¿Era usted quien ganaba el dinero? —Alzó Norton las cejas.

—Tengo un pequeño negocio, y se supone que Sidney lo dirigía desde que nos casamos. En realidad, lo que ha estado haciendo es lo que yo temía: vivir a mi costa. Es natural —añadió con tono amargo—. Sid es diez años más joven que yo, simpático, apuesto... Se casó conmigo por mi dinero, pero pensé... pensé que eso no era obstáculo para que fuese un buen marido. Y lo ha estado siendo, pero... yo ya no podía malgastar más dinero. Entre otras cosas, por el temor de que cuando se me terminase, Sid me abandonase. Pero él siempre me pedía más. Le dije que no podía darle ni una sola libra más de lo convenido por su trabajo en el negocio. El dijo que necesitaba mucho, muchísimo más, que estaba en un apuro...

—¿Qué clase de apuro?

—No me lo dijo... Pero me di cuenta de que estaba asustado. De todos modos, no podía darle más dinero. Entonces, él me dijo que había encontrado una solución: simularíamos que habían robado mis joyas y entonces cobraríamos el dinero del seguro. Yo le...

—Antes de proseguir, señora Cashmore, le sugiero que lo piense bien. Incluso quizá le parezca conveniente llamar a su abogado.

—Claro que no. He estado fingiendo con ustedes, pero ya no pienso seguir con esa farsa... No, no pienso encubrir al hombre que abusando de mi amor por él ha pretendido matarme. Estoy segura de que él lo planeó todo, aparte de lo de las joyas.

—Explíqueme esa parte.

—Convinimos..., me convenció para que lo hiciese. Pero le hice

prometer que cuando hubiese salido del apuro, más adelante, simularíamos que recuperábamos las joyas por una pequeña cantidad, y que entonces devolveríamos el dinero a la compañía de seguros. ¡Le juro que pensábamos hacerlo así! Por lo menos, lo pensaba yo... Quedamos con Sid que él simularía estar meditando en uno de los cuartos del club, que saldría por la ventana, y vendría a por las joyas, después de las diez. Luego las escondería, regresaría al club, y al volver se haría acompañar por un amigo con el que tenemos negocios comunes, y ambos descubrirían el robo. Yo estaría durmiendo arriba.

—Pero su marido vino antes de las diez.

—Yo no sabía que era él. Ni siquiera sabía que había alguien en la casa cuando se apagó la luz. Si yo hubiese estado sola en la casa, no me habría importado, pero estaba Jane... Bueno, Jane tenía la noche libre, así que debía haberse marchado después de servirnos la cena. Sidney se marchó al club hacia las siete y media, y Jane se quedó para retirar el servicio. Poco después, yo me sentí mal, y ella se dio cuenta, pese a mis esfuerzos por disimularlo. Se negó a dejarme sola. Le dije que no era nada, pero no pude convencerla. Me dijo que no tenía ningún proyecto en especial, y que podía salir mañana, o cualquier otro día. Comprendí que habría resultado muy extraño que yo insistiese más en que se fuese, y que al día siguiente Jane supiese que habían robado las joyas. Y realmente, también Sidney y yo podíamos hacer eso otro día... Así que subí a acostarme... Jane estuvo conmigo, me preparó té, me tomé unas aspirinas... Me pareció tan atenta, que, como he hecho en otras ocasiones, le regalé una de mis prendas, un camisón. Ella bajó a ponerse el camisón a su cuarto, pero luego subió para que lo viese, y para preguntarme si necesitaba algo más, y si me encontraba mejor...

—Sí, sí, entiendo. Y entonces se apagó la luz.

—Sí. Ha pasado otras veces, ni ella ni yo nos sorprendimos... Naturalmente, puesto que yo estaba en la cama y ella tenía que volver a su habitación de todos modos, dijo que lo arreglaría antes de acostarse, y se despidió. Yo estaba preocupada, porque si no conseguía arreglarlo, Sidney llegaría poco después de las diez, forzaría la puerta del garaje y la que comunica con el interior de la casa, y creyendo que estábamos solos él y yo, ocurriría que Jane lo

oiría y vería, y entonces todo se estropearía, pues aunque él diese cualquier excusa para haber forzado las puertas, ya no podríamos simular el robo. Así que decidí que en cuanto Jane hubiese arreglado la luz, permanecería con ella encendida todo el tiempo, de modo que Sidney, al verla desde la calle, comprendería que no debía seguir adelante. En todo caso, quizá me llamase desde algún teléfono para preguntarme qué ocurría, y yo lo pondría al corriente... Estaba pensando en esto cuando oí el grito, el... alarido, ese sonido horrible. Lo demás, ya se lo he explicado, inspector.

Norton Ward quedó pensativo. Por fin, asintió con un gesto y se puso en pie.

—No parece que podamos tener grandes dudas, señora Cashmore. En mi opinión, es evidente que su marido la engañó a usted... Su verdadero propósito era matarla mientras todos creían que estaba en el club. Por eso, después de entrar en la casa antes de la hora convenida con usted, y sin saber que la sirvienta estaba aquí, apagó la luz para que usted creyese que se había fundido un fusible y bajase a poner uno nuevo. Entonces, la mataría y parecería que había sido un ladrón sorprendido por usted dentro de la casa. Después de matarla habría dado de nuevo la luz, habría robado algo, seguramente las joyas, y habría regresado al club. Después de las once se habría presentado aquí con su amigo, y habrían descubierto el crimen. Jamás nadie podría sospechar de él. Pero precisamente al estar la casa a oscuras y aparecer su sirvienta con su camión, él la confundió con usted y fue la señorita Gaywood quien fue asesinada.

—Eso es lo... lo que yo he estado pensando, sí. Quería matarme.

—Myrna parecía alucinada—. ¡Dios mío, quería matarme a mí! Lo había planeado todo por su cuenta, utilizándome, engañándome... No puedo creerlo. ¡No quiero creerlo!

Norton Ward movió la cabeza.

—Me gustaría poder decirle que quizá usted y yo nos estamos equivocando, pero si usted vio a su marido a la luz de los fogonazos de los disparos... ¿Está segura de que era él?

—Segurísima. Si hubiese visto a cualquier otro hombre y luego hubiese tenido que identificarlo a una luz como ésta —movió una mano—, seguramente no habría podido asegurar que era el mismo hombre. Pero a Sidney le conozco tan bien... Jamás podría

confundirlo con otro, jamás... ¡Era él!

—Bien... Habrá que buscarlo. ¿Le acertó usted con alguno de los disparos?

—No lo sé... Oh, sí, debí acertarlo porque cayó rodando por la escalera.

—Eso pudo ser debido únicamente al sobresalto. De todos modos, tendremos en cuenta la posibilidad de que esté herido. Claro, si él sólo tenía un cuchillo y usted una pistola, comprendió que debía huir, so pena de ser muerto por usted a balazos... Y si está herido, tendrá que esconderse... ¿Tiene usted alguna fotografía de él? También deberá decirnos cuál es la matrícula de su coche, cómo iba vestido... ¿Lo recuerda?

—Sí..., sí..., sí...

—Uno de mis hombres tomará nota de todo. Con su permiso, yo me daré una vuelta por toda la casa. ¿Tiene inconveniente?

—Claro que no.

—Gracias... Ah, otra cosa: ¿cuánto valen sus joyas?

—Alrededor de cien mil libras. Están aseguradas en sesenta mil.

—Buen pellizco.

—¿Qué... qué me pasará a mí por... por haber estado dispuesta a...? Bueno, habría sido... una estafa, ¿no?

—Sin duda alguna. Pero no creo que se pueda juzgar a nadie por sus intenciones, sino por sus hechos. De todos modos, en cuanto a mí concierne, no pienso molestarla por eso. Ni creo que lo haga nadie.

—Es usted muy amable —musitó Myrna, bajando la cabeza.

Norton Ward se quedó mirando un tanto duramente a aquella mujer. Pero muy pronto se dijo que, a fin de cuentas, ella había cedido por cuestiones de amor. Una mujer de cuarenta años, que si bien todavía hermosa, tenía un marido diez años más joven, apuesto, simpático, indudablemente cariñoso, aunque fuese por conveniencia... ¿Se podía culpar demasiado a Myrna Cashmore por haber querido retener junto a ella al hombre que amaba?

Pero de pronto, Norton Ward pensó en la acuchillada muchacha llamada Jane Gaywood, y su gesto volvió a endurecerse. Podía tener consideraciones con la señora Cashmore, pero ciertamente no con el asesino señor Cashmore. Lo encontraría.

—Con su permiso —murmuró—. Tenemos todos mucho trabajo,

señora Cashmore.

## CAPÍTULO III

Hacia las diez y media de la mañana, el policía que se había quedado en la casa de los Cashmore en previsión a cualquier peligrosa contingencia que pudiese presentarse, vio, a través de la ventana del salón, al cartero, cruzando el pequeño jardín y acercándose a la puerta. Luego, lo vio marcharse y entonces se volvió hacia Myrna Cashmore, que estaba sentada en un sillón, vestida normalmente, ausente la expresión.

—Tiene usted correspondencia, señora Cashmore —dijo amablemente el agente.

—¿Eh? —Lo miró ella, todavía ausente.

—Cartas —sonrió el policía.

—Ah... Ah, sí... Bueno, iré a ver...

Myrna salió del salón, recogió la correspondencia en el buzón adherido a la puerta, y volvió al salón, tras ocultar en el escote el pequeño paquete urgente que contenía algo duro. Con el resto de la correspondencia en las manos, volvió a sentarse, y durante unos minutos estuvo dedicada a examinar las cartas y folletos. Lo dejó todo sobre la mesita, y se puso en pie.

—Voy arriba —murmuró.

—Como guste, señora.

Subió a su dormitorio, se encerró dentro y abrió el pequeño paquete dirigido a ella, y que no mencionaba remitente alguno. Dentro, en efecto, estaban las llaves que la noche anterior había entregado a David Hayden. Tras lanzar un suspiro de alivio, Myrna fue a dejar las llaves en uno de sus bolsos colgados en el armario. Luego desmenuzó el papel que las había envuelto, entró en el cuarto de baño, y tiró los pedazos al inodoro, pulsando el mando del agua. Con un breve rumor, la gran cantidad de agua

desapareció, llevándose todas las partículas de papel.

«Ya está —pensó—. Ahora nadie podrá saber nunca la verdad».

\* \* \*

Precisamente a esa hora, procedente del depósito de cadáveres, el inspector Norton Ward entraba en su despacho del Yard, donde le esperaban algunos de sus subordinados, que habían estado dedicados a ordenar los hechos de acuerdo a los indicios que habían ido acumulando.

Sobre la mesa había una palanqueta de hierro, junio a la cual Norton depositó el guante negro envuelto todavía en un pañuelo.

—La sangre es de Jane Gaywood, en efecto —musitó—. Y como sabemos que el guante es de Sidney Cashmore, la cosa no puede estar más clara. En cuanto a la autopsia, tampoco ha sido precisamente complicada. La muchacha murió acuchillada, eso es todo. Por supuesto, si Cashmore utilizaba guantes, no habrán huellas en la palanqueta.

—No, señor. Ni una. Si las hubo en algún momento, desde luego las limpió bien.

—Es lógico. ¿Tenemos ya copias del retrato que nos facilitó la señora Cashmore?

—Sí, señor. Hemos enviado una copia a las diferentes cadenas de televisión. No creo que tarden mucho en comenzar a televisarla. Sobre todo las mujeres se fijarán mucho en Sidney Cashmore es un hombre muy guapo, señor.

Norton Ward sonrió de lado y tomó la copia que le tendía su subordinado. Sí, Sidney Cashmore era un asesino muy guapo. Sus ojos eran grandes, oscuros, de expresión inteligente y viva; tenía una sonrisa muy, muy, muy simpática... De granuja simpático, para ser exactos. Cabellos oscuros, largos, muy a la moda... Facciones viriles, correctas; boca grande y bien dibujada; mentón firme.

—Sí, es muy guapo. Me quedará esta copia. ¿Cuál es la dirección del negocio de la señora Cashmore?

—Está en Carnaby Street:  
Caldwell's.

Caldwell es el apellido de soltera de la señora Cashmore, y más le habría valido seguir así, en mi opinión, señor.

—Bueno —sonrió secamente Norton Ward—, a los cuarenta

años, una mujer debe encontrar a faltar la compañía permanente de un hombre que se dedique exclusivamente a ella. Y la señora Cashmore adquirió el que más le gustó.

—Un negocio que pudo costarle caro, señor.

—Sí. Bien, ahora voy a... ¿Qué es eso?

Norton señaló el oscuro gabán que otro de sus hombres tenía doblado en el brazo izquierdo. Saltaba a la vista que era un gabán, pero puesto que el detective tenía el suyo puesto, era lógico que Ward se sorprendiese.

—Es el gabán de Sidney Cashmore, señor. Estaba en el guardarropa del club. Ésta mañana llamó el conserje para notificárnoslo, y me pareció que debía ir a buscarlo.

—Desde luego. Sí, lógicamente, Cashmore no podía pedir su gabán antes de salir por la ventana de su cuarto de meditación... Todo debía indicar que él no se había movido de club. Así que fue a cuerpo por la calle, en una estupenda noche de niebla.

—No hay mucha distancia desde el Drake Club al domicilio de los Cashmore, señor.

—Ya sé. Bien, supongo que no han encontrado nada interesante en el gabán.

El detective no contestó. Se limitó a entregar la prenda a Norton, que la tomó extrañado. Al moverla, oyó el tintineo de unas llaves... Las encontró en el bolsillo derecho del gabán. Se quedó con éste en la mano izquierda, y las llaves en la derecha, alzadas, como mostrándolas a sus tres hombres, que no miraban las llaves, sino a él. Ellos ya sabían que las llaves estaban allí.

Norton dejó el gabán en el respaldo de una silla, y examinó detenidamente las llaves. En seguida separó una de ellas.

—Yo diría que ésta es de coche. De un «MG».

—La señora Cashmore nos informó que, en efecto, el coche del señor Cashmore es un «MG», señor.

—Y la llave estaba en el gabán... Cashmore no la llevaba consigo entonces.

—Es evidente, señor.

—Sin embargo, Cashmore se llevó su coche. ¿Cómo pudo ponerlo en marcha sin la llave? Pero no, esa pregunta es infantil, realmente: hay muchos modos de poner en marcha un coche sin disponer de las llaves... Pero hay que abrir la puerta. ¿La forzó,

quizá?

Nadie contestó por la sencilla razón de que nadie conocía la respuesta. Lo que sí sabían todos era que el coche de Sidney Cashmore había desaparecido de delante del club, y que las llaves habían estado todo el tiempo en el gabán.

—Bien —murmuró Ward, pensativo—, vayan a ocuparse de dirigir la búsqueda de Cashmore. Y si lo encuentran, tengan cuidado: sabemos que, por lo menos, tiene una navaja.

—¿Una navaja?

—Sí, el forense ha indicado que a Jane Gaywood la apuñalaron con una navaja. Cuidado, Leigh, Samish, Slade... Ese hombre no tiene reparos en matar.

—Sí, señor; lo tendremos en cuenta. ¿Dónde podemos llamarlo si supiésemos algo?

—Vayan dejando los recados aquí, en el Yard. Yo iré llamando de vez en cuando.

—Sí, señor.

Norton Ward quedó solo en su despacho. Se sentó ante la mesa y depositó las llaves sobre la carpeta, mirándolas con el ceño fruncido. ¿No era lógico? Claro que sí: Cashmore lo había planeado todo de modo que iría a pie a su casa y volvería del mismo modo, sin tocar para nada su coche. Saldría por la ventana, iría a su casa, mataría a su esposa y volvería también a pie, subiría por la ventana, y asunto terminado. Luego, quizá herido, y por supuesto asustado por el hecho de que Myrna debía haberle reconocido, o que, cuando menos, sabía que había sido él, había regresado corriendo al club, pero ya no servía de nada encerrarse en el cuarto de meditación, pues Myrna lo denunciaría... Entonces, tenía que huir. ¿Y qué mejor modo de hacerlo que utilizando su propio coche?

—Pero entonces —dijo en voz alta Norton Ward— se encontró con la desagradable sorpresa de que no tenía las llaves. Por lo tanto, tuvo que forzar la puerta... Lo de poner en marcha el motor, es fácil, pero... ¿cómo forzó la puerta sin la palanqueta? ¿Tenía otra? ¿Arrancó la manilla de un tirón?

Sin volver a tocar las llaves, Norton se puso en pie, se acercó a la ventana, y se quedó mirando hacia el exterior. Hacía un día tristón, neblinoso, pero podía ver, a lo lejos, la silueta del Parlamento y Westminster Bridge.

«Me parece que le estoy dando demasiada importancia —se dijo a sí mismo, en voz normal—. Es obvio que utilizó su coche, fuese como fuere. Pero...».

Pero...

Movió la cabeza y sin dirigir siquiera una mirada a las llaves, abandonó el despacho. Poco después, salía a Victoria Street, subía a su coche y partía hacia Grosvenor, para enfilarse luego por Piccadilly. Giró por Berkeley Street, hasta la plaza. Allí, dejó el coche y anduvo a pie el resto del camino, hasta Farm Street, donde estaba la casa de los Cashmore.

El agente lo vio y abrió la puerta antes de que hubiese llegado a ésta.

—Buenos días, señor. La señora Cashmore está en su habitación.

—Gracias. ¿Alguna novedad?

—Ninguna, señor. Vino el lechero, temprano. Luego, el cartero. Eso ha sido todo. Bueno, también llamaron por teléfono un par de veces a la señora Cashmore, pero ella conversó muy poco, y dijo que la disculpasen, porque no se sentía muy bien.

—¿Quién la llamó?

—Entendí que eran amigos de ella, que habían leído la noticia del asesinato. Creo que uno de ellos habló de que precisamente anoche tenía que venir aquí con el señor Cashmore.

—Sí, claro. No podía fallar en eso. Está bien... Siga atento.

—Sí, señor.

Norton se acercó al pie de la escalinata y llamó:

—¿Señora Cashmore?

A los pocos segundos, Myrna apareció arriba y le sonrió afectuosamente.

—Ah, inspector... Suba, por favor.

Le tendió la mano al llegar arriba, y Norton la estrechó, sonriendo muy amable.

—Buenos días, señora Cashmore. Espero que haya descansado un poco.

—Un poco, sí... Sólo un poco. Hay momentos en que me da la impresión de que va a estallarme la cabeza de tanto pensar en... en lo ocurrido. Ni siquiera puedo creerlo... ¿Saben algo de... de mi marido?

—Todavía no. Como usted comprenderá, no es fácil encontrar en

Londres a un hombre que conoce bien la ciudad. Pero si es más fácil encontrar un coche, por lo general. He estado pensando que su marido no puede ignorar esto, así que lo más probable es que lo encontremos abandonado. Es un «MG», ¿verdad?

—Sí, sí...

—¿No tienen ningún otro coche?

—No, sólo el «MG». ¿Por qué?

—Bueno, he estado pensando que si lo encontramos sería conveniente disponer de las llaves a fin de no tener que forzar el vehículo en nada para llevarlo al departamento técnico, donde lo examinarían en busca de cualquier pista. Se me ha ocurrido que quizá usted tenga otras llaves y que sería tan amable de prestárnoslas.

—¿Mis llaves del coche? —contuvo un escalofrío Myrna.

—Siempre y cuando no tenga usted inconveniente.

—No... Ninguno. Al contrario. Creo que las tengo en mi bolso... Venga, por favor.

—Oh, puedo esperar aquí, señora.

—Claro que no —sonrió ella.

—Como guste.

Entraron en el dormitorio. Myrna fue al armario, mientras Norton miraba alrededor. Sobre la mesita de noche vio todavía el servicio de té y un estuche de aspirinas. Luego se quedó contemplándose en el armario... Bueno, él tampoco era feo, precisamente...

—Aquí están... ¡Nunca recuerdo en qué bolso las tengo!

Myrna se acercó a Norton, tendiéndole las llaves. Norton Ward disimuló perfectamente su decepción, las tomó y las guardó en un bolsillo.

—Muy agradecido, señora Cashmore. Otra cosa, ¿qué clase de apuro tenía su marido? De dinero, quiero decir.

—No me lo dijo. Parecía asustado, muy muy preocupado, pero no quiso decirme de qué se trataba.

—¿Quizá el amigo que pensaba traer a casa anoche como coartada sepa algo?

—No. Precisamente me llamó antes y se lo pregunté, pero no sabía nada al respecto. Me dijo que Sidney le había pedido que viniese anoche a casa para discutir un asunto importante después

que se hubiese serenado con la meditación, pero que no le aclaró de qué asunto se trataba.

—¿Puede darme el nombre de...?

En aquel momento sonó el teléfono, abajo. Myrna miró el aparato que había sobre su mesita de noche, se acercó y movió la clavija, controlando la llamada.

—Perdone —sonrió a Norton—. ¿Sí?

—¿...?

—Ah, Rosalind... ¿Ya lo has leído?

—¡...!

—No quiero hablar de eso ahora, por favor, querida. Te llamaré cuando esté un poco más sosegada.

—...

—No, no. Yo te llamaré. Mientras tanto, por favor, cuida del negocio como mejor sepas. Dentro de unos días arreglaremos la situación. Supongo que puedo contar contigo.

—...

—Gracias, querida. Y gracias por llamar. Adiós. —Colgó y miró de nuevo a Norton, pensativa—. Era Rosalind Hale, la secretaria de mi marido. Bueno, es una especie de encargada de mi negocio, y a la vez secretaria de Sidney. Una chica muy inteligente y decidida. Se me ocurre que quizá ella sepa algo de lo que usted busca, inspector.

—Es muy posible —se animó la expresión de Norton—. Sería interesante conversar con la señorita Hale. Supongo que ella va a estar allí todo el día.

—Naturalmente. Bueno, Rosalind está en la tienda de Carnaby Street, por lo general. Ella y Sidney, o yo, sólo vamos a los talleres una vez a la semana, salvo que surja algún problema.

—Entiendo. En Carnaby Street. Bien, muchas gracias, señora Cashmore. Hum... También quería decirle que, por supuesto, tiene usted derecho a salir de casa, y, en suma, hacer lo que le venga de gusto. Sin embargo, teniendo en cuenta las circunstancias, yo me permitiría, aconsejarle...

—No tengo intenciones de salir —musitó Myrna.

—En realidad, es lo mejor. De todos modos, si cambiase de idea sería prudente que me avisara. Bien entendido que si usted sale de casa rechazando nuestra protección, el Yard no se hace responsable

de lo que pueda suceder. Le ruego que interprete exactamente mis palabras, por favor.

—Es usted un caballero muy amable, inspector. No se preocupe: no tengo ningún deseo de salir..., al menos hasta que ustedes hayan encontrado a Sidney.

—Lo comprendo. Bien, señora Cashmore, con su permiso...

—Le acompaño —sonrió Myrna.

Norton Ward abandonó la casa de los Cashmore, y regresó a Berkeley Square, en busca de su coche. Pero cuando estaba a punto de abrir la portezuela, pensó que Carnaby Street estaba bastante cerca, y decidió no complicarse la vida con el tráfico londinense, así que continuó a pie.

## CAPÍTULO IV

Caldwell's  
era una de las clásicas  
*pop-shop*

de Carnaby Street, una de esas tiendas con el escaparate abigarrado de lo que para Norton eran «cosas raras». Para un inglés de corte clásico como él, de indumentaria seria e impecable, no dejaba de ser pasmoso que alguien se pusiera unos mocasines de indio, unos pantalones de pana vieja, una chaqueta de caza y unos cuantos abalorios y se lanzase a la calle tan campante. Sin problemas en cuanto a sexo, naturalmente, ya que aquellas prendas lo mismo las llevaba un hombre que una mujer. En fin...

Cuando entró en la tienda, una dependienta se acercó a él, sonriente, pero visiblemente desconcertada, ya que Norton Ward encajaba allí lo mismo que un león en una bandada de pingüinos.

—¿Señor?

—Buenos días. Quisiera ver a la señorita Hale.

—Oh, sí. Claro. Vaya hacia el fondo, por favor. Verá una puerta con un cartelito que dice «Dirección». Rosalind está allí, en el despacho.

—Muchas gracias.

Había tres muchachas comprando «cosas raras», que se quedaron pasmadas al ver a Norton caminando hacia el fondo de la tienda. Una de ellas silbó, y dijo en voz alta:

—Chicas, mirad... Un macho sin domesticar.

Las otras dos emitieron unas risitas. Norton las miró, sonrió y guiñó un ojo, provocando tres cómicos suspiros. Todavía sonriendo, el inspector del Yard llegó ante la puerta indicada por la dependienta y llamó con los nudillos.

—Pase —oyó.

Empujó la puerta y entró, pensando de pronto en cómo sería Rosalind Hale. Teniendo en cuenta las características del matrimonio Cashmore, cabía pensar que era poco probable que Myrna Cashmore hubiese aceptado como secretaria de su marido a una mujer joven y bonita, lo que siempre implicaba un riesgo. Así que seguramente la señorita Hale sería una mujer ya mayorcita, poco atractiva y...

—No se mueva y levante las manos —dijo una voz femenina tras él, con tono amenazador—. ¡Le estoy encañonando!

Norton Ward se envaró un instante. Luego, tranquilamente, alzó los brazos, hasta que las manos quedaron a la altura de los hombros. La puerta del despacho se cerró y comprendió que la mujer había estado detrás, esperándolo, al parecer. Pero... ¿con una pistola?

—¿Señorita Hale? —musitó.

—¡No se mueva! ¡Y cierre el pico!

Ward notó en la espalda la dura presión de lo que debía ser el cañón de la pistola. Luego, ante su pecho apareció una mano blanca, preciosa, llena de anillos y sortijas de todas clases, y se deslizó por su pecho...

—No llevo armas —dijo—. ¿Es usted...?

—¡Le digo que cierre el pico! ¿Quién es usted?

Norton frunció el ceño.

—Si cierro el pico no puedo decirle quién soy.

—Dígame quién es.

—Norton Ward, inspector de Scotland Yard.

—¿Cuántos años tiene?

—Treinta y cuatro —se desconcertó Norton.

—¿Gana un buen sueldo?

—¿Eh? Bueno... Regular. Aceptable.

—¿Está casado?

—No.

—¿Prometido, quizá?

—Claro que no.

—¿Le gustan las mujeres?

—Más que el té —sonrió Norton.

—Entonces, puede bajar los brazos y volverse.

Ward obedeció.

Entonces vio a la muchacha y se quedó patitieso.

Nada de «mayorcita». Debía tener poco más de veinte años y seguramente era bellísima. No podía estar muy seguro, porque la muchacha parecía un cromo. Lo único que podía ver realmente bien era la boca, los ojos y los cabellos. Una boca llena y sonriente, unos ojos color... azul violeta, aproximadamente, y unos cabellos larguísimos, desordenados, brillantes, de un rubio clarísimo.

Todo un cromo. Llevaba muy pintadas las mejillas y los párpados, unos enormes aros en las orejas, las manos llenas de anillos... Se vestía con unas botas que le llegaban muy arriba, una falda cortísima, y una blusa roja escotadísima; casi hasta la cintura. Y como esta indumentaria no debía abrigar mucho, se abrigaba con una larguísima bufanda que le daba dos vueltas al cuello. Un cromo. Lo más estrafalario que Norton Ward había visto en su vida.

Y además, no tenía arma alguna en la mano. Le estaba apuntando con un dedo, eso era todo. De pronto, soltó una carcajada deliciosa, y alargó la mano hacia él.

—¿Cómo está, inspector Ward?

—Bien, gracias. ¿Señorita Hale?

—Así es.

—Ah.

La señorita Hale volvió a reír.

—Myrna me llamó para decirme que usted venía a visitarme, y que era un caballero muy serio y muy atento, por lo que me rogaba que le atendiese del mejor modo posible. ¿Le ha molestado mi broma, inspector?

—Pues no —sonrió Ward—. Me encantan las personas que tienen buen humor.

—Menos mal. Sería terrible que decidiese meterme en la cárcel por amenazar a la autoridad. Bueno... ¿De modo que Sidney ha hecho una cochinada, por fin?

—Peor que una cochinada: un asesinato... ¿Le ha explicado la señora Cashmore...?

—No. Lo he leído en los periódicos. Incluso he visto las fotografías. Ustedes no deberían permitir que los periodistas publicasen fotografías como la de esa pobre chica en camión y llena de sangre.

—Estoy de acuerdo con usted, pero yo no hago las leyes. Sólo detengo a quienes atenían contra ellas. ¿Por qué ha dicho que Sidney ha hecho una cochinada por fin?

—Es un sinvergüenza. Desde el primer momento tuve que pararle los pies... Mejor dicho, las manos. Le dije bien claramente cuáles serían nuestras relaciones y le advertí que no tendría inconveniente en decirle a Myrna sus inclinaciones a pellizcar a las chicas.

—Entiendo. Al parecer, al señor Cashmore también le gustan las chicas más que el té.

—En efecto —sonrió Rosalind Hale—. Tanto, que no tuve más remedio que tolerarle alguna que otra palmadita. Me parecía tonto ir a contarle a Myrna esas tonterías. ¿Lo están buscando?

—Naturalmente. ¿Se le ocurre a usted dónde puede estar?

—Claro que no —se sorprendió Rosalind—. Siéntese, por favor, inspector.

—Gracias.

Ward ocupó uno de los sillones y Rosalind se sentó tras la mesa. Esperó a que Norton dejase de mirar con curiosidad alrededor, para decir:

—De todos modos, no me imagino a Sidney apuñalando a nadie.

—¿Qué quiere decir? —La miró atentamente Norton.

—Pues que Sidney es un golfo caradura, un manos largas, un sinvergüenza simpático, un vividor..., todo lo que usted quiera en ese sentido. Pero no le creo capaz de apuñalar a una persona.

—Sin embargo, lo ha hecho.

—Bueno —reflexionó Rosalind—. Eso demuestra, supongo, que nunca conocemos a nadie lo suficiente. Por ejemplo, usted parece un hombre muy serio, inspector, pero a lo mejor lo pasaría fenómeno en un guateque privado.

—No suelo ir a guateques privados. Pero —meditó brevemente Norton—, creo que sí, que en efecto lo pasaría fenómeno. En cuanto al señor Cashmore, no hay ninguna duda respecto a lo que hizo, ya que fue identificado por su propia esposa. Admitiendo que ésta hubiese podido equivocarse, creo que el señor Cashmore debería haber aparecido para explicarse, ¿no le parece?

—Sí. Claro... Mire, no es que esté defendiendo a Sidney, inspector; sólo he expuesto mi opinión sobre él.

—Al parecer, usted le conoce bastante bien.

—Creo que sí.

—¿El señor Cashmore tenía confianza en usted?

—Absoluta. Cuando una chica no deja que le falten al respeto, es digna de confianza.

—Claro —sonrió Norton—. O está haciendo su papelito para conseguir algún objetivo gracias a su inaccesibilidad.

—¿Le parece a usted que yo soy así?

—Francamente, no. Al respecto, me permito hacerle observar que usted posee una hermosa anatomía.

—¿Y no le gusta?

—Más que el té.

Rosalind Hale entornó sus bellísimos ojos y se quedó mirando a Norton Ward.

—Usted es un guapo listo, ¿verdad? —sonrió, de pronto—. Me está siguiendo la corriente.

—Soy muy adaptable a todas las circunstancias, por lo general, señorita Hale. Los policías que conocemos bien nuestro oficio, nunca coartamos la verdadera personalidad de nuestros interlocutores. Si usted está en plan simpático, yo también. Si se pone en plan serio, yo seré más serio que usted. Y ya que estamos en este terreno de simpática camaradería, me atrevo a rogarle que durante unos minutos venga usted a mi terreno.

—¿Tengo que ser serio?

—Se lo agradecería. Han asesinado a una persona. Por error, pero la han asesinado.

—¿Por qué por error? —susurró Rosalind.

—No comprendo.

—Por lo que he leído, parece que ustedes piensan que a quien quería matar Sidney era a Myrna. Pero pienso que quizá a quien quería matar era precisamente a Jane.

—¿Por qué había de querer semejante cosa el señor Cashmore? —se sorprendió Norton.

—Bien... Digamos que quizá estaba ya cansado de ella, y que decidió cortar por lo sano antes que permitir que Jane le fuese con el cuento a Myrna.

—¿Quiere usted decir que Sidney Cashmore y la criada...?

—Claro que sí. Ya le he dicho que Sid es un golfo. Muy

simpático, pero un sinvergüenza. Y Jane no era la única. Últimamente Sid se veía con una chica por la que estaba loco. De modo que quizá decidió romper con Jane. Es poco escrupuloso, ¿verdad?

Norton Ward se pasó la mano por la barbilla, pensativo, antes de preguntar:

—¿Conoce usted a esa chica? ¿Sabe dónde vive?

—Sí.

—Magnífico. Sigamos en plan serio, por favor. ¿Tiene el señor Cashmore algún apuro?

—¿Apuro? ¿De qué clase?

—De cualquier clase. Preferentemente, un apuro de dinero.

—Oh, por Dios. ¡Sidney siempre anda detrás del dinero! Pero no con apuros. Supongo que usted está hablando de que tenga alguna complicación grave.

—Así es.

—Pues no —reflexionó Rosalind—. No que yo sepa... Pero no tengo por qué saber toda la vida privada de Sidney.

—Entiendo. Le estoy hablando de una buena cantidad. Por ejemplo, cincuenta o sesenta mil libras.

—¡Qué barbaridad, claro que no! Compréndame, no es que esté segurísima, pero no me imagino de Sidney en un apuro semejante.

—Tampoco se lo imagina apuñalando a una persona, y eso sí lo ha hecho.

—Eso es lo que dice Myrna —musitó Rosalind.

—Ya. A propósito: ¿qué opina usted de la señora Cashmore?

—Es una tigresa.

—Caramba... ¿Qué quiere decir con eso?

—Es una mujer con personalidad, que siempre sabe lo que quiere. Y le aseguro que el hecho de ser mujer nunca la ha detenido, en sus proyectos. Hace muchos años que lucha para conseguir una buena posición, y todo lo que tiene actualmente lo ha conseguido por sí misma, sin concesiones de ninguna clase. Cuando quiere algo, va a por ello, y no hay nada que la detenga.

Ward volvió a reflexionar durante unos segundos.

—Quedamos, pues, en que usted no cree que Sidney Cashmore esté preocupado. Quiero decir, antes de lo de anoche.

—Estaba pasando unas cartas que Sid me dejó grabadas ayer —

señaló Rosalind un pequeño magnetófono—. Las grabó antes de marcharse de aquí, después que nos hubimos marchado todas. Las cartas no tienen interés para usted, inspector, pero si quiere le pondré en marcha la primera parte de la cinta. Luego, decida usted mismo si el hombre que habla así está preocupado por algo. ¿Quiere oírlo?

Norton Ward asintió con la cabeza. Rosalind recuperó la cinta, probó un par de veces hasta llegar al punto que le interesaba, y puso en marcha el aparato.

«Querida señora de Nieve, aquí te dejo unas cuantas cartitas para nuestros queridos proveedores. Te has marchado tan de prisa que ni me has dado tiempo a valorar tus encantos. Eres fría como un iceberg, querida. Espero poder muy pronto invitarte a unas lindas vacaciones en algún lugar cálido, a ver si te deshuelas. ¿Qué te parecería un par de semanas conmigo en Marbella, pongo por caso? Le diríamos a la vieja que teníamos que ir allá por negocios. ¿De acuerdo? ¡Oh, gracias, gracias, bella hurí de los ojos color de cielo invernal! ¿Sabes el chiste de la sirena y del marinero? Verás, un marinero encuentra... No. Te lo contaré mañana cara a cara... Otra cosa: me han dicho que en París está haciendo un tiempo precioso, así que podríamos dar un salto allá este fin de semana y comprarte unos... ¡Ay, Rosalind, Rosalind, eres mi tormento, eres un frío viento que me atraviesa hasta los huesos! Mañana vendré un poco tarde, así que ya deberías tener las cartas pasadas a máquina. Bien, prepara tus deditos de blanco marfil para darle a las teclas. La primera carta es para los cretinos de Birmingham... Veamos... Bueno, el principio ya sabes: Muy señores míos... ¿Está ya? Vamos al asunto: recibida su última de...».

Rosalind detuvo el aparato, mirando a Norton.

—No creo que le interesen, pero si lo desea puede oír las cartas.

—Sí, me gustaría —murmuró Norton.

Rosalind tenía razón. Las cartas, al menos aparentemente, no tenían ninguna importancia. Simples relaciones comerciales. Cuando terminó la última, Rosalind detuvo el aparato. Norton estuvo pensativo casi un minuto. Pensaba en la primera parte de la grabación. Para él, la había dictado un hombre despreocupado, que tenía una cierta intimidad verbal con su secretaria, y que ya se había resignado a no llegar más allá, aunque no dejaba de

intentarlo, como por rutina.

—¿Y bien? —preguntó Rosalind, impaciente.

—Me parece que tiene usted razón. Esas palabras definen a un hombre despreocupado, poco serio. No parece que el señor Cashmore sea de las personas que no se toman nada a pecho.

—¿Y cree que un hombre así apuñalaría a una criada?

—Señorita Hale, ya le he dicho que yo no creo más que lo que indican las apariencias, y, sobre todo, creo a la propia señora Cashmore. Vamos a dejar eso... Yo estaba pensando en esa chica por la que, según usted, el señor Cashmore está loco. ¿Será usted tan amable de darme su dirección y nombre?

—Debbie Truslow; 22, Moreland Street, Finsbury.

—Caray, en Finsbury... ¡Y he dejado el coche en Berkeley Square! Bueno, tendré que volver a por él. Le voy a pedir un favor: no llame a nadie por teléfono.

—¿Qué quiere decir? —se sorprendió Rosalind.

—He podido darme cuenta de que, pese a su estrafalario aspecto, sus bromas, y su aparente irresponsabilidad mental, es usted una chica inteligente. Por lo tanto, ha tenido que llegar a pensar, como yo mismo, que Sidney Cashmore quizá esté en el domicilio de Debbie Truslow escondido. Y no me gustaría que por una fidelidad mal entendida le llamase allí para decirle que voy a buscarlo.

—Señor inspector de Scotland Yard —refunfuñó Rosalind—. Yo puedo ser una tonta en su opinión, y hasta una irresponsable mental, pero no llego a tanto. Si Sidney ha hecho algo malo, que lo pague.

—Eso dice la ley —susurró Ward—. Buenos días, señorita Hale..., y encantado de conocerla.

—Eso de «encantado»... ¿es una frase hecha o lo dice sinceramente?

—Lo digo sinceramente —sonrió Ward.

—Bueno, en ese caso no le guardo rencor. Me gustaría demostrarle que no soy una irresponsable mental. ¿Quiere que le lleve en mi coche? Podemos ir a ver a la dulce Debbie, luego almorzamos juntos, y después la llevo a Berkeley Square.

—Y todo eso, ¿por qué?

—Porque es usted un tipo raro al que me gustaría estudiar a

fondo. Algo así como un animal prehistórico, ¿comprende? Por otro lado, usted también podría estudiarme a mí, y así se pondría un poco al día.

—La idea es buena. Pero... ¿vendría usted vestida así?

—Oh, no... ¡Me pondría un abrigo! Hace un poco de frío, ¿no le parece?

Norton Ward abrió los brazos con un gesto de resignación.

—De acuerdo.

Rosalind se puso en pie, fue hacia el armario y sacó lo que a Norton Ward le pareció una enorme manta con rayas de colores, que se pasó por la cabeza, de modo que sólo ésta emergió de la enorme prenda que llegaba hasta el suelo.

—Ya está —sonrió ella—. Cuando guste.

Ward había fruncido el ceño. Luego miró hacia el techo con gesto de súplica y fue a abrir la puerta. Cuando Rosalind pasó junto a él, recomendó:

—Cuidado, no vaya a pisarse el abrigo, pues caería de narices.

Rosalind Hale no se pisó el abrigo. Llegaron sin novedad al coche, un «Mini» de color rojo, y segundos después partían como disparados por veinte motores de competición hacia Finsbury.

## CAPÍTULO V

El «Mini» se detuvo junto al bordillo, y Rosalind miró con expresión satisfecha a su vecino de asiento, que estaba lívido.

—¡Bueno! ¡Ya hemos llegado!

Norton Ward suspiró y se pasó la lengua por los labios.

—Me pregunto cómo se ha producido el milagro. ¿Siempre conduce usted así?

—Claro que no. Cuando tenga prisa conduzco más de prisa.

—¿Más? —Se aterrorizó Ward.

—¡Pero si hemos venido despacio!

Ward se pasó una mano por la frente.

—Está bien. Veamos... Según usted, Debbie Truslow y el señor Cashmore sostienen relaciones íntimas. ¿Eso es seguro o una suposición?

—Cuando le digo que es usted prehistórico, inspector... Échele una miradita a esa nena perfumada, recapacite sobre la personalidad de Sidney y saque usted mismo las conclusiones que quiera.

—Entiendo. Bien, espere aquí. Procuraré...

—¡Oh, yo también subo!

Rosalind se dispuso a salir del coche, pero Ward la agarró con dos dedos de una orejita.

—No.

Ella se quedó mirándolo fijamente. Y demostró que no era tonta.

—Está bien, no subo.

—Agradecido.

—¡Qué hombre tan dominador! —Rosalind alzó los ojos al cielo—. ¡Así me gustan a mí! Duros, seguros de sí mismos, dueños de la situación, y que usen sombrero hongo... ¡Apuesto a que usted usa

sombrero hongo!

—Yo no uso sombrero —masculló Ward.

Salió del coche, miró la fachada del edificio número 22 de Moreland Street, y fue hacia el portal. El nombre de Debbie Truslow estaba en uno de los buzones, señalado con el  
3 A.

Es decir, el último piso. No había ascensor, pese a que el edificio parecía confortable, casi lujoso.

Apartamento

3 A.

Pulsó el timbre y miró su reloj. Eran las doce y veinte. Si Debbie Truslow tenía por costumbre almorzar fuera de casa, no la iba a encontrar. En ese caso...

La puerta se abrió unos centímetros y Norton vio un ojo grande, brillante, de color café.

—¿Sí? —Oyó la voz femenina—. ¿Qué desea?

—¿Señorita Truslow?

—Sí.

—Soy Norton Ward, inspector de Scotland Yard. Le agradecería que me permitiese entrar.

—Oh, es que en estos momentos estaba...

—Déjale entrar —oyó Norton una voz de hombre—. ¿No has oído que es policía?

Norton captó la vacilación de la muchacha, pero ella acabó por abrir completamente la puerta. Era una auténtica muñeca. Debía tener como máximo veinte años; un cuerpo precioso, una carita de niña buena; unos ojos grandes, bellísimos, ingenuos..., que contemplaban con expresión un tanto asustada al inspector del Yard. Éste reparó en que Debbie Truslow estaba completamente vestida, de calle, muy elegante, con ropas caras, de buen gusto.

Junto a ella apareció el hombre que había hablado. Un sujeto de unos treinta años, alto, atlético, muy atractivo, de gesto simpático y expresión inteligente, también muy elegante con su atuendo deportivo, muy clásico.

—Pase, pase, inspector —dijo el hombre—. Nos íbamos a marchar, pero podemos dedicarle unos minutos.

—Son muy amables —murmuró Ward.

—Como es natural, usted se ha enterado de lo de Sidney

Cashmore y Debbie, ¿no es así? Hemos leído los periódicos y no nos sorprende demasiado su presencia aquí.

—Eso simplifica las cosas, señor...

—Hayden —sonrió éste—. David Hayden. Ella, ya lo sabe usted, es Debbie.

Ward hizo una inclinación de cabeza.

—No les entretendré demasiado. Unas cuantas preguntas a la señorita Truslow serán suficientes. Cuestión de un par de minutos. ¿Le parece bien, señorita Truslow?

—¿Qué quiere usted saber? —preguntó ella, a su vez.

—En primer lugar, preguntarle si el señor Cashmore está aquí.

—¡Claro que no! —Casi gritó Debbie.

—¿Le molesta que me asegure de ello?

—¡Usted no tiene derecho...!

—Cállate, Debbie —refunfuñó \_David Hayden—. Sólo conseguirías complicar las cosas. El inspector puede conseguir el permiso en muy poco tiempo. Y puesto que te han localizado, me permito insistirte en que no ocultes nada.

—Sus consejos son muy razonables, señor Hayden —aprobó Norton—. ¿Es usted abogado?

—¿Yo? ¡Ojalá! —rió Hayden—. Sólo soy un buen amigo de Debbie... Y aún lo era más hasta que apareció ese maldito Cashmore. Si él estuviese aquí, se lo entregaría con muchísimo gusto.

—¿Y no está? —sonrió Ward, cortésmente.

—Búsquelo usted. Como si estuviese en su casa, inspector.

Sidney Cashmore no estaba en el apartamento, desde luego. Norton se reunió con Debbie y Hayden en la salita, donde ambos le esperaban, ella sentada en el sofá, él de pie, fumando. Norton se sentó en otro sillón, frente a Debbie, y se inclinó hacia ella.

—¿Sabe usted dónde está? —preguntó.

—No, no...

—Nosotros no sabemos nada de nada, inspector —intervino de nuevo David Hayden—. Es decir, yo sí sé una cosa: ese sinvergüenza asesino es lo bastante listo para comprender que la policía localizará a Debbie, así que no creo que se acerque aquí por nada del mundo.

—Creemos que está herido —dijo Norton—. De modo que quizá

pida ayuda.

—No lo hará. Sabe muy bien que yo voy a estar con Debbie, y no se atreverá a iniciar ningún acercamiento. Y si está pensando que siento antipatía hacia Cashmore, no lo dude. Todo iba muy bien entre Debbie y yo hasta que él apareció.

—Comprendo su disgusto, señor Hayden. Pero, por favor, permítame conversar con la señorita Truslow.

—Lo siento —se mordió los labios Hayden—. Sólo quería ayudar.

—Se lo agradezco, naturalmente. Señorita Truslow... ¿sabe usted por qué estaba preocupado últimamente Sidney Cashmore? Parece ser que estaba en un apuro... ¿Qué sabe de ello?

—¿En un apuro? —se sorprendió Debbie—. No, no sé nada...

—Quizá estaba preocupado por el viaje —intervino otra vez David Hayden—. No debía parecerle muy rentable dejar a su esposa. Aunque si iba a disponer de una buena cantidad...

—¿De qué viaje hablan ustedes? Es decir, habla usted, señor Hayden.

—Bueno, tengo derecho a decir lo que pienso, ¿no? —Gruñó Hayden—. Cashmore le dijo hace unos días a Debbie que muy pronto tendría una buena cantidad de dinero y que dejaría a su esposa para marcharse con ella. Iban a ir a Brasil. ¿No es así, Debbie?

—Sí —musitó la muchacha.

Norton Ward se quedó mirando inexpresivamente de uno a otra. De pronto, la cosa aparecía clara: Sidney Cashmore le había mentado a su esposa. No estaba en ningún apuro, sino que quería el dinero del seguro de las joyas para marcharse con la jovencita y preciosa Debbie a Brasil. Buena jugada. De auténtico sinvergüenza, por supuesto. Pero ¿y ella? ¿Y Debbie Truslow?

—Me pregunto, señorita Truslow, si usted sabía desde el primer momento que Sidney Cashmore estaba casado.

—Sí... Sí, lo sabía... Pero nunca imaginé... Bueno, nunca se me ocurrió que las cosas pudiesen llegar tan lejos entre nosotros. Lo conocí en el club donde trabajo, el Shapiro, y me pareció amable y simpático... Pronto me di cuenta de que se interesaba mucho por mí. Al principio no quería hacerle mucho caso, pero Sidney es... es muy constante y agradable. Bueno, finalmente...

—Ya me hago cargo. ¿Cuál es su trabajo en el Shapiro?

—Oh, canto allí todas las noches. No soy ninguna maravilla, pero tampoco me va mal.

—¿Y usted, señor Hayden? ¿A qué se dedica?

—Digamos qué soy el representante de Debbie.

—Ah. Sí, comprendo. Bien, no voy a molestarles más. Sólo me resta pedirles que si el señor Cashmore se comunicase con la señorita Truslow, la obligación de ella es comunicar a la policía dónde se encuentra Sidney Cashmore.

—No se atreverá a acercarse a ella —insistió Hayden.

—¿Quién sabe? A veces, señor Hayden, las personas que siempre han sido consideradas como muy inteligentes, cometen tonterías incomprensibles. A decir verdad, a mí me sorprendería mucho que el señor Cashmore no diese señales de vida, de un modo u otro. Bien, no les molesto más. Bueno, sí —sonrió afablemente—. Un pequeño detalle: yo le agradecería mucho a la señorita Truslow que no saliese de Londres sin antes consultarme.

—¿Por qué? —Se inquietó Debbie.

—Si como espero, capturamos pronto a Sidney Cashmore, vamos a necesitar sus declaraciones. Espero que lo comprenda.

—Pero eso... sería muy... muy violento para mí.

Norton Ward se puso en pie.

—Lo lamento. Pero no he sido yo quien ha empezado este juego, señorita Truslow. Si ocurre algo nuevo, por favor, llámenme al Yard.

Norton Ward abandonó el apartamento de Debbie Truslow no muy satisfecho. Lo cual era extraño teniendo en cuenta que, en definitiva, todo iba encajando: Sidney Cashmore no se encontraba en ningún apuro, pero era evidente que estaba dispuesto a conseguir el dinero del seguro por las joyas de su esposa, con la intención de escapar a Brasil con sesenta mil libras. A Brasil...

«A Brasil —pensó—. ¡Qué estupidez!».

En el coche le esperaba Rosalind Hale, leyendo algunos periódicos que había comprado mientras esperaba. Los dejó inmediatamente y sonrió con malicia.

—¿Adónde vamos, milord?

—¿A qué viene este cachondeo? —Gruñó Norton.

—¡Cachondeo! —rió ella—. ¡Qué palabra tan actual, inspector!

—Mire, señorita Hale, yo tengo muchas cosas en qué pensar, así que no tengo tiempo para... Me parece que estoy siendo un poco estúpido, ¿verdad?

—Así es.

—Bueno, todavía estoy a tiempo de rectificar. Vamos a un sitio donde pueda invitarla a almorzar, y donde haya teléfono... No me gusta estar demasiadas horas desconectado con mi despacho. Supongo que usted también tendrá que volver con urgencia a la tienda.

—No pasará nada grave por el simple hecho de que yo no aparezca esta tarde por allí.

—Me lo temía —suspiró Norton.

\* \* \*

Hacia las tres de la tarde, Norton Ward y Rosalind Hale llegaban ante la casa de los Cashmore. Habían pasado por Berkeley Square, para que Norton recogiese su coche, así que llegaron uno tras otro, se apearon y caminaron juntos hacia la entrada. El policía de servicio les abrió la puerta antes de que llegasen. No era el mismo de por la mañana, pero naturalmente conocía al inspector Ward.

—Buenas tardes, señor. Le llamaron aquí desde...

—Lo sé. Ya me comuniqué y estoy al corriente... ¿Alguna novedad?

—No, señor. La señora Cashmore ha recibido algunas llamadas de amigos y ella ha llamado a unos pocos, eso es todo.

Ward asintió con la cabeza, tomó del brazo a Rosalind, a pesar de la dificultad que representaba el abrigo, y entraron en la casa. Myrna Cashmore estaba esperando en la sala. Al ver a Rosalind, alzó las cejas, sorprendida, pero en seguida sonrió cariñosamente.

—Rosalind, querida... ¡Siempre he dicho que de ti podía esperarse cualquier cosa! Incluso, aparecer del brazo de un inspector de Scotland Yard.

—La señorita Hale y yo hemos almorzado juntos —sonrió Norton—. Es un personaje pintoresco y agradable.

Las dos mujeres cambiaron leves besos en las mejillas. Rosalind, sonriendo divertida, se tumbó en el sofá y se quedó mirando a Norton, que la contemplaba como intrigado. Myrna le señaló un sillón, ocupó ella otro y ofreció:

—¿Café o té?

—No, gracias —negó Norton—. La señorita Hale y yo hemos tomado café en el Yard.

—¿En el Yard? —se sorprendió Myrna.

—Sí. Fuimos a almorzar a un *snack* y llamé desde allí a mi despacho, por si había alguna novedad. Había dos. Una de ellas era que usted había llamado para pedir que viniese a visitarla. La otra, de índole técnica; me pareció adecuado atenderla en primer lugar.

—¿A qué se refiere?

—Anoche, usted estaba tan nerviosa que descargó la pistola completamente, señora Cashmore. El cargador admite nueve balas. Por lo tanto, está claro que usted disparó nueve veces.

—No sé... Supongo que así fue, en efecto. Comencé a disparar y no me detuve hasta que dejaron de salir las balas... Estaba muy asustada, inspector.

—Es fácil de comprender. Lo sorprendente del caso es que sólo hemos encontrado ocho balas, señora Cashmore.

—¿Qué?

—Ocho balas... Encontramos seis en la casa y dos en el jardín, al cual llegaron a través de la ventana, cuyos cristales, naturalmente, destrozaron. En el jardín se veían perfectamente los dos impactos. Dentro de la casa, seis; tres en el suelo, uno en la barandilla y dos en la pared. Encontramos seis plomos aquí dentro y dos hundidos en la tierra del jardín. Falta una bala.

—No... no sé lo que quiere decir...

—Estoy pensando —murmuró despaciosamente Norton— que la bala que falta debe llevarla su marido en el cuerpo.

—¡Oh! Bueno, sí, ya... ya le dije que me pareció que le había herido.

—Tiene que ser una herida importante. Si la bala le hubiese alcanzado en una pierna o un brazo, podríamos pensar que la herida fue leve. Pero si se quedó en su cuerpo, quiere decir que no le alcanzó en una extremidad, ya que la habría atravesado. En mi opinión, esto significa que su marido está herido de cierta consideración... Y en esas circunstancias, es poco probable que una persona pueda estar escondiéndose. ¿Adónde podría haber ido? Sea cual fuere el lugar elegido, debe estar llamando mucho la atención, con tanta sangre. El único sitio al que, según parece, podría haber

ido a cobijarse, es en el apartamento de Debbie Truslow, pero no está allí.

—¿Quién es Debbie Truslow? —exclamó Myrna.

—¿No lo sabe usted? ¿No la conoce?

—Claro que no. —Myrna miró desconcertada a Rosalind—. ¿La conocemos, Rosalind?

—Tú no —murmuró Rosalind Hale.

Myrna miró a Norton, que tras reflexionar brevemente, decidió poner las cosas en claro.

—Es la amiga de su marido, señora Cashmore. Al parecer, el señor Cashmore quería las sesenta mil libras del seguro para marcharse con esa chica a Brasil.

—¡Oh, Dios mío!

—Me parece —refunfuñó Rosalind, mirando hoscamente a Norton— que a usted no le admitirían en el cuerpo diplomático, inspector.

—Lo siento mucho, pero estamos buscando a un asesino, señorita Hale. De verdad lo siento, señora Cashmore... Pero así están las cosas.

Myrna ocultó el rostro entre las manos.

—Ahora lo comprendo todo —sollozó—. ¡Ahora lo comprendo todo! Quería el dinero del seguro de las joyas, y como yo estaría muerta, él heredaría mi negocio, y lo tendría todo... ¡para disfrutarlo con esa... esa...! Parecería que todo era obra de un ladrón y él sería el pobre viudo... ¡que se quedaría con todo!

—Por favor, señora Cashmore...

—Cerdo... ¡Cerdo! —chilló agudamente Myrna—. Pero no va a salirse con la suya... ¡Nunca lo conseguirá! Usted ha tenido razón, inspector. Sidney debe estar herido de cierta importancia, y yo sé adónde ha ido. ¡Estoy segura de que ha ido allí!

—¿Adónde? —Se irguió Norton.

—Eso es lo que quería decirle. Por eso pedí que viniese usted... ¡Tiene que estar en la cabaña!

Rosalind Hale se sentó de un salto.

—¡La cabaña de la playa! —gritó—. ¡No comprendo cómo no pensé en ella!

—¿Qué cabaña? —inquirió Norton.

—Es un pequeño chalé, cerca del mar, en Southend on Sea. Hace

mucho tiempo que Myrna lo compró... Hemos ido allá muchas veces en verano, pero nunca en invierno. Hace mucho frío... ¡Claro que puede estar allí!

—Southend on Sea está apenas a treinta millas —dijo Norton—. Si tenemos en cuenta que el señor Cashmore se llevó su coche, puede haber llegado allí, en efecto. ¿Dónde está exactamente esa cabaña?

—Jamás la encontraría —aseguró Rosalind—. Bueno, acabaría por encontrarla, desde luego, pero se ahorraría muchas molestias si alguien le guiase allá, inspector.

Norton le dirigió una mirada de reojo, y dedicó su atención de nuevo a Myrna.

—¿Tenía llave de la cabaña su marido?

—Naturalmente. Pero no se la llevó. Tenemos dos llaves de la cabaña, y las dos están en casa, me he asegurado de eso. De todos modos, entrar en ese chalé no presenta ninguna dificultad para él.

—¿Qué quiere decir?

—Una vez, tanto él como yo olvidamos nuestra llave. Sidney fue a la puerta de atrás, con un destornillador que tomó del coche y abrió aquella puerta con toda facilidad.

—¿Podría usted entregarme una de esas llaves?

—Sí... Están en el despacho. Perdóneme un momento.

—Por supuesto. Mientras tanto, si me permite utilizar su teléfono, llamaré al Yard para informarles de mi corto viaje.

—Sí, sí.

—Te acompaño —dijo Rosalind.

Norton Ward se acercó al teléfono, mientras las dos mujeres salían de la sala. Llegaron al despacho, y Myrna abrió uno de los cajones, donde había varias llaves. Separó dos de éstas, cerró el cajón... y se quedó mirando a Rosalind, que la contemplaba como hipnotizada.

—¿Qué te ocurre, Rosalind?

—He estado leyendo los periódicos —murmuró Rosalind—. Lo explican todo con gran detalle. Incluso lo del camisón.

—No te comprendo.

—Quiero decir que todos coinciden en que tú estás con vida gracias a una serie de casualidades y una gran suerte. Está claro que cuando tu criada bajó llevando puesto tu camisón, Sidney la

confundió contigo.

—Sí... Sí, claro. Fue una suerte para mí... ¡Pobre Jane!

—Bueno, eso es lo que me sorprende. Si no recuerdo mal, Sidney hizo un comentario respecto a tu capricho <sup>1</sup> de un camisón blanco, y me pidió...

—¿Tiene las llaves, señora Cashmore? —Apareció Norton en la puerta.

—Sí. Ya le dije que están las dos aquí, véalas.

—Bien —se acercó Norton—. ¿Puedo llevarme una?

—Naturalmente. ¿Va a ir usted solo?

—Me temo que no —gruñó Norton—. Tengo la impresión de que la señorita Hale ya ha pensado ofrecerse voluntaria para que yo no tenga que perder tiempo buscando esa cabaña.

—En realidad, no es tan complicado —dijo Myrna—. Con unas indicaciones...

—Entre unas cosas y otras, cuando lleguemos a Southend on Sea será ya de noche —cortó Norton—, y eso me dificultaría localizar la casa. Con la condición de conducir yo, no tengo inconveniente en que la señorita Hale me guíe hasta allí. ¿Está de acuerdo, señorita Hale?

—Claro que sí —sonrió Rosalind—. Ya seguiremos hablando de esto, Myrna.

—Puedo esperar afuera, si lo desean —ofreció Ward.

—No, no... Son cosas de mujeres que pueden esperar. Hasta la vista, Myrna.

—Me parece que no deberías ir —titubeó Myrna—. Si Sidney está allí herido y se sabe acorralado, puede cometer muchas barbaridades.

—Sólo tiene una navaja —recordó Norton Ward—, y le aseguro que eso no es ningún problema para mí, señora Cashmore. Cuando usted guste, señorita Hale.

## CAPÍTULO VI

La señorita Hale, en efecto, fue de gran ayuda porque cuando llegaron ante la cabaña ya era de noche, y Norton Ward habría tardado bastante en encontrarla. Estaba a unos doscientos metros de la playa y a un par de kilómetros de Southend on Sea. Formaba parte de una pequeña urbanización de casitas muy parecidas, y que sólo debían ser utilizadas en verano, o quizá en los fines de semana.

Absolutamente en ninguna de aquellas casitas había luz, y el frío era húmedo e intenso afuera. Los cristales del coche de Ward estaban empañados, excepto el parabrisas, que había sido limpiado concienzudamente por Rosalind con un paño antivaho. Las luces del coche iluminaban la parte frontal de la casa, donde había un pequeño jardín que casi resultaba tétrico.

—Encantador lugar —comentó Norton.

—Observo que está aprendiendo a bromear —refunfuñó Rosalind.

—No es broma. Bueno, la verdad es que seguramente si yo decidiera comprarme una casita buscaría un lugar más amable, pero sería más o menos como ésta: pequeña, íntima, aislada... En mi trabajo, a veces es conveniente tener un lugar así para retirarse a meditar.

—A meditar... ¿en qué?

—Pues en los procesos mentales que pueden motivar los actos de un asesino.

—¿Ha meditado sobre el proceso mental de Sidney?

—En este caso, parece que no hay necesidad de ello. El señor Cashmore quería, en efectivo, el dinero del seguro. Pero, claro, si se iba con ese dinero y dejaba viva a su esposa, ésta lo denunciaría, aunque ella saliese también perjudicada. En cambio, si la mataba,

no sólo cobraría el dinero del seguro, puesto que se llevaría también las joyas de modo que pareciese que todo había sido obra de un ladrón sorprendido en el momento del robo, sino que heredaría todo lo de su esposa, es decir, el negocio completo: tienda y talleres. Todo es muy evidente, señorita Hale.

—Sí, ciertamente. Bueno, ¿sabe qué le digo?

—¿Qué me dice?

—Que no creo que Sidney esté aquí.

—¿Por qué no?

—Porque a él le gustan las cosas alegres y llenas de vida.

—Ah. Es usted en verdad muy peculiar, señorita Hale. Está hablando de un hombre que apuñaló brutalmente a una mujer.

—Lo cual yo no entiendo, tratándose de Sidney. Usted que sabe meditar sobre procesos mentales, quizá lo admita más fácilmente.

Norton Ward encogió los hombros.

—Son los hechos. Bien, voy a echar un vistazo ahí dentro.

—Yo tamb...

—Usted se queda aquí.

—Sí, señor.

Norton Ward vaciló, pero acabó por abrir la guantera, de la cual sacó una pistola.

—No me gusta usarla, pero un hombre herido y acorralado es peligroso.

Salió del coche y fue hacia la puerta. La abrió utilizando la llave entregada por Myrna Cashmore y la empujó de modo que llegó hasta la pared, colocándose a un lado. No sucedió nada. Metió la mano izquierda por un lado del marco hasta encontrar el interruptor, que accionó.

La luz pareció algo tangible, brotando de la casa hacia el coche.

—Señor Cashmore —alzó la voz Norton—, soy Norton Ward, de Scotland Yard. Será mejor para todos que salga usted con los brazos en alto.

Silencio.

Norton asomó la cabeza por un lado de la puerta. Había un pequeñísimo recibidor cuadrado; a la derecha, un pasillo que llevaba a los dormitorios; a la izquierda, la entrada al salón de estar, de reducidas dimensiones.

Entró en el salón, tras encender la luz de éste. Al fondo y a la

derecha había una puerta, que comunicaba con un corto pasillo que distribuía la cocina, el cuarto de baño, y permitía el acceso a los dos dormitorios. Eso era todo..., y desde luego, Sidney Cashmore no estaba allí, lo cual comprobó Norton recorriendo la casa pieza por pieza.

Por el pasillo de los dormitorios, Norton regresó al recibidor, y salió de la casa.

—¡Señorita Hale, venga!

Rosalind apagó las luces del coche, se apeó, y corrió hacia allí, recortándose su silueta en el fondo fantasmal de la arboleda que había frente a la casa, a unos treinta metros.

—No está, ¿verdad?

—No. No, al menos, donde yo pueda encontrarlo. Pero entiendo que usted ha estado alguna vez aquí, y quizá se le ocurra dónde podría esconderse una persona.

—¿En esta casa? No hay más que lo que se ve. ¿Ha mirado debajo de las camas?

—Pues no —gruñó Norton—. Y me parece que ya vuelve a estar usted de cachondeo.

—Es un buen sitio para esconderse —sonrió ella.

—Está bien. Usted quédese en el salón... ¡Debajo de las camas! —se alejó refunfuñando Norton.

Regresó hacia los dormitorios, cuyas luces había dejado encendidas. No sin precauciones, miró debajo de la cama del primero, donde, por supuesto, no estaba Sidney Cashmore.

—Qué demonios ha de estar debajo de una cama...

Pasó al otro dormitorio, alzó la colcha, y miró. Tampoco Cashmore estaba...

—¡Inspector!

Norton Ward se quiso erguir tan rápidamente, que cayó sentado, respingando fuertemente. Se puso en pie velozmente, y corrió hacia la cocina, pues estaba seguro de que la voz de Rosalind había sonado por aquella parte.

Apareció en la cocina con la pistola por delante, los labios apretados, achicados los ojos... Rosalind estaba delante del fogón, señalándolo. No, no señalaba el fogón, sino la cafetera que había a la derecha.

—Está caliente —dijo.

Ward se acercó, tocó la cafetera, y asintió. Estaba tibia. Luego puso la mano a unos pocos centímetros sobre la placa del fogón eléctrico, y percibió también un suave calor.

—¿Dónde está el cubo de la basura? —preguntó.

Rosalind abrió uno de los armarios inferiores, y sacó el recipiente, de plástico azul. Norton quitó la tapadera..., y se quedó mirando los vendajes, gasas y algodones manchados de sangre. Asió una mano de Rosalind, y tiró de ella, hacia el salón.

—No se mueva de aquí. Sobre todo, no salga de la casa...

—Pero si se ha escapado...

—No. No se ha escapado: habríamos oído el motor del coche. Seguramente, vio las luces de mi coche en el camino, apagó las luces y salió de la casa. Está esperando que, después de convencernos de que no está aquí, nos vayamos, para poder volver. Está herido, no puede ir por ahí... Necesita la casa. Quédese aquí.

—Si realmente está fuera escondido, me hará más caso a mí que a usted.

—No.

Norton salió de la casa, y por instinto miró hacia el bosquecillo fantasmal. Allí, no sólo podía esconderse un hombre, sino incluso un coche.

Se colocó a un lado de la puerta, de modo que quedó en la sombra.

—¡Cashmore! —gritó—. ¡Sé que está escuchándome! ¡Soy Norton Ward, inspector de Scot...!

¡Boouummm...!, resonó el estampido, al mismo tiempo que entre los árboles aparecía, como un rojo relámpago, el resplandor del disparo.

Norton Ward notó en el pecho algunos golpecitos, y algo parecido a un pinchazo en un lado del cuello, mientras a su derecha, a unos dos metros, la ventana que daba al salón reventaba con estrépito de cristales. Desencajado el rostro, Ward se dejó caer de bruces al suelo, apuntando su arma hacia el bosquecillo. Había oído el alarido de Rosalind Hale...

—¡Rosalind! —gritó—. ¡Rosalind!

—¡Estoy bien! —Le llegó la crispada voz de ella.

¡Boouummm...!, restalló el segundo disparo. Una nueva llamarada roja entre los árboles, y una nueva tanda de perdigones

llegó hasta la casa, repiqueteando en la fachada y terminando de arrancar algunos trozos de cristal que habían quedado adheridos al marco de la ventana.

Para entonces, Norton Ward había comprendido: Cashmore tenía una escopeta de caza. Había disparado dos cartuchos, de modo que la escopeta, en aquel momento, estaba descargada. Así pues, y pese al riesgo que significaba el que Cashmore tuviese más cartuchos, el inspector del Yard se puso en pie de un salto, y comenzó a correr hacia el bosquecillo, a velocidad increíble. Tanta, que era poco probable que Cashmore tuviese tiempo de recargar la escopeta antes de que él llegase a los primeros árboles.

Pero, Cashmore no pensaba seguir utilizando la escopeta de caza. O no podía, por no tener más cartuchos.

Lo que ocurrió fue que cuando Norton estaba a menos de diez metros de los primeros árboles, vio de pronto, gracias a la lejana luz de la casa, el brillo del coche apareciendo entre los árboles. Aparecieron las luces de los faros, que lo cegaron completamente, y al mismo tiempo, el motor rugió con fuerza.

Norton Ward lanzó un grito cuando aquel monstruo de hierro con ojos amarillos se abalanzó hacia él a toda potencia, rugiendo realmente como un monstruo. Alzó la pistola, pero comprendió que si se detenía a disparar, y aunque hiciese blanco en el parabrisas, el coche lo arrollaría. Lo comprendió en una fracción de segundo, de modo que saltó hacia la derecha, rodando por el suelo fangoso. El coche pasó por su lado, ensordeciéndolo, y salpicándolo de barro profusamente, mientras todavía estaba girando, alejándose.

Se revolvió, apuntó hacia el coche que se alejaba, y disparó... El cristal de atrás se convirtió en una lluvia de brillantes al ser reventado por la bala, pero el coche continuaba alejándose. Ward apuntó entonces hacia abajo, y volvió a disparar. Disparó por tercera vez, y tras el estampido de su disparo, oyó el de la rueda alcanzada por la bala.

El coche debía estar a unos veinticinco metros de él cuando comenzó a desplazarse a un lado y a otro, perdiendo velocidad rápidamente. Por un momento, pareció que fuese a volcar, pero Cashmore debía ser muy buen conductor, porque consiguió controlarlo... Lo que no pudo conseguir es que el coche continuase rodando. Norton lo vio detenerse, por fin, a unos sesenta metros.

Era apenas una mancha teñida de amarillo pálido debido a las luces de la casa. Comenzó a ponerse en pie, y en ese mismo instante, Cashmore salía del coche precipitadamente, y echaba a correr.

Una simple figura humana alejándose a toda carrera, encorvada, como queriendo ofrecer el menor blanco posible a las balas del inspector de Scotland Yard.

—¡Cashmore, deténgase! —gritó éste.

El fugitivo no le hizo el menor caso. Norton corrió hacia su coche, se puso al volante, y dio el encendido. Manióbró a toda prisa, enfiló hacia donde había visto por última vez la silueta del fugitivo, y lanzó el coche hacia allá a toda velocidad... Cinco segundos más tarde, tras pasar junto al detenido «MG», comenzaba a rebotar en el desigual terreno de una parcela vacía, hasta que las ruedas traseras, metidas en un hoyo, comenzaron a lanzar barro a todas partes, como una viscosa lluvia. Pero el coche permanecía en el mismo sitio.

Lanzando una fea maldición que habría sorprendido no poco a Rosalind Hale, Norton se apeó, comprendiendo que si insistía sólo conseguiría ahondar más en el hoyo en el que se habían metido las ruedas traseras.

—¡Cashmore, no sea estúpido! —gritó—. ¡Venga aquí!

Silencio.

Echó a correr en dirección adonde le había parecido que se dirigía, pero, apenas recorridos cien metros, se detuvo, jadeante. No había ni rastro de Sidney Cashmore. Y en aquella oscuridad, jamás podría encontrarlo. Jamás. A menos... que Cashmore regresase a la casa, y utilizase a Rosalind Hale como protección amenazando con cortarle el cuello con la navaja si él no le entregaba la pistola. Tras lo cual, a Cashmore sólo le restaría obligar a Norton Ward a sacar su propio coche del atasco y escapar con él. U obligarle a cambiar la perforada rueda del «MG».

Sin vacilar, Norton Ward dio la vuelta, y emprendió el regreso a la casa, a toda velocidad.

Cuando entró jadeando en el salón, Rosalind Hale estaba todavía acucillada detrás del sofá. Detrás, con respecto a la ventana, pero de lado con respecto a la puerta. Al verla, Norton lanzó un suspiro.

—¿Está bien? —farfulló.

—Sí... Me asusté cuando los cristales de la ventana...

—Lo comprendo.

—No debí gritar, pero...

—Ya le he dicho que lo comprendo, señorita Hale.

—¿Ha escapado?

—Por el momento, sí. ¿Hay teléfono en esta casa?

—No.

Norton lanzó otro reniego que dejó estupefacta a la muchacha. De pronto, Rosalind sonrió.

—Caramba, inspector..., ¡es usted humano!

—Señorita Hale, estoy hasta las narices de sus cachondeos, ¿me comprende?

—Sí, señor. Pero no era cachondeo. ¡Qué sucio está usted!

Ward le dirigió una torva mirada, guardó la pistola en un bolsillo del pantalón, y se pasó la mano por la cara..., llevándola en seguida al cuello. Luego, se quedó mirando sus dedos, manchados de barro y de sangre. Y sólo entonces recordó los golpecitos que había notado en el pecho. Y sólo entonces notó aquella viscosidad bajo su camisa.

Rosalind le miraba con los ojos muy abiertos, ya de pie junto al sofá.

—Está herido —musitó.

—Venga conmigo. Tiene que ayudarme a sacar el coche de un maldito agujero.

Poco después, Rosalind estaba ante el volante, con el motor en marcha, esperando el aviso de Norton para arrancar. Éste terminó de colocar algunas piedras y un par de ramas bajo las ruedas, y se apartó.

—Pruebe ahora. Si no sale así, empujaré el coche.

No hubo necesidad. El coche salió con relativa facilidad del atasco.

Y segundos después, rodaban hacia Southend on Sea, donde Norton Ward pensaba presentarse en la Pólice Station, y pedir que le comunicasen urgentísimamente con el Yard de Londres.

—Herido y a pie, no podrá escapar —dijo secamente.

\* \* \*

En aquel mismo momento, David Hayden llegaba, jadeando, al lugar donde había dejado su propio coche, bien alejado de la casa

de la playa, cerca de Southend on Sea. Estaba pálido por el esfuerzo de la carrera y por el susto recibido.

Se sentó ante el volante, y se pasó una manga por la frente, tras tirar la escopeta al asiento de atrás.

—Maldito sea tu padre —jadeó—. ¡Y ella dijo que todo iba a ser muy fácil!

Puso el coche en marcha, y emprendió el regreso a Londres. Todavía tenía de punta los pelos del cogote, recordando el momento en que la bala disparada por el inspector Ward había reventado el cristal trasero del «MG», lanzando una lluvia de cristales contra su espalda. Y luego, había estado a punto de volcar, cuando reventó uno de los neumáticos de atrás...

—La madre que lo trajo al mundo... ¡Cómo dispara ese cerdo!

A medida que se iba acercando a Londres, se iba tranquilizando. En definitiva, todo había salido bien, y eso era lo que importaba. La policía encontraría las vendas manchadas con la sangre de Sidney Cashmore, que él había vertido de la botellita que le entregara Myrna Cashmore la noche anterior. También encontrarían otros detalles, como la cafetera caliente todavía... En el coche «MG» encontrarían la navaja... Todo perfecto. Todo indicaría que, sin duda alguna, Sidney Cashmore estaba vivo y dado a la fuga, herido. Ya no haría falta montar más escenas. Simplemente, a partir de ese momento, la policía buscaría con más ahínco a Sidney Cashmore..., que, por supuesto, jamás sería hallado. Jamás se sabría nada de él. Punto final.

David Hayden comenzó a sonreír, ya muy cerca de Londres. Había sido una alianza perfecta entre él y la señora Cashmore. Sidney Cashmore pensaba estafar a su esposa, tomarle el pelo, desde luego, y fugarse con Debbie y las sesenta mil libras del seguro. Debbie se lo había confiado a él. «Lo siento, Dave —se había confiado Debbie—, pero le amo de verdad. Quiero terminar con todo esto. El va a conseguir pronto una buena cantidad de dinero, y nos iremos a Brasil».

Sí. Debbie se lo había dicho todo. Todo lo que Cashmore pensaba hacer. Y él, David Hayden, se había visto, con la imaginación, sin negocio y sin Debbie. Era cierto, ella cantaba en el Shapiro, o donde fuese. No cantaba muy bien, pero era tan bonita que siempre picaba algún tipejo con mucho dinero, generalmente,

de edad madura, e incluso ya camino de la vejez. Se volvían tontos, en cuanto Debbie les hacía caso. Luego, lo inevitable: una cita discreta, escenas de amor... Y acto seguido, el chantaje al pichón de turno. ¿No quería pagar cinco, diez o veinte mil libras? Bueno, señor, es su privilegio, pero observe estas fotografías: ¿le gustaría que alguien las enviase por correo a su familia?

Entonces, pagaban. Y así, tan ricamente, la pareja de sinvergüenzas recorrían Europa viviendo estupendamente. David Hayden era en verdad un tipo digno de estudio... Amaba a Debbie Truslow realmente. Se había dado cuenta tarde, cuando el negocio era ya pura rutina. Pero aun amándola, no tenía inconveniente en que Debbie engatusase a unos cuantos ancianos. ¡Bah, pobre gente...! Pero, una cosa era que aceptase las caricias del pichón de turno, y otra cosa muy diferente que pensase abandonarlo, marcharse a Brasil con Sidney Cashmore, al que decía amar. Esto había lastimado profundamente a David Hayden: perdía su amor y su negocio.

¿Qué hacer para impedirlo? De nada servía hacerle advertencias a Debbie. Había que atacar por otro lado. Y la solución la encontró con relativa facilidad. Citó a Myrna Cashmore discretamente en su discreto apartamento de Battersea, y le explicó todo lo que pensaba hacer su guapo y simpático marido. No tardaron mucho en llegar a un acuerdo, en forjar un plan que se iniciaría en cuanto Sidney Cashmore propusiese a su esposa lo de robar las joyas. El acuerdo fue simple entre Myrna y David: Myrna se vengaba de su marido, del cual ya sabía que tenía intimidades con la sirvienta, de la cual también se vengaba, y David conseguía que Debbie quedase libre de nuevo y con veinticinco mil libras en su bolsillo que Myrna le pagaría.

«De mí no se ríe nadie», había dicho con ojos relucientes por el odio Myrna Cashmore.

Lo seguro era que, al menos Sidney Cashmore, no debía estar riéndose. Y tampoco la casquivana sirvienta, Jane Gaywood. Desde luego, Myrna Cashmore era una mujer de cuidado... De mucho cuidado. Fría, calculadora, con una aterradora capacidad para el odio...

Pensando todo esto, David Hayden casi se sintió asustado.

—Bueno, a fin de cuentas, todo ha terminado —reflexionó—. Ya

nadie puede dudar que Sidney Cashmore mató a la criada, y que está huyendo, herido. Para la señora Cashmore, todo perfecto. En cuanto a mí, sólo tengo que cobrar las veinticinco mil libras, y seguir con Debbie, que olvidará pronto a Cashmore.

Perfecto.

David Hayden llegó a Londres, buscó un sitio adecuado para telefonar, y llamó a la casa de los Cashmore.

—¿...?

—¿Señora Cashmore?

—...

David Hayden sonrió al oírse llamar «Margie, querida». El policía de vigilancia debía estar cerca de Myrna Cashmore, claro.

—Todo está hecho, señora Cashmore... ¿Qué? Sí, espero... — Dentro de la cabina telefónica, David Hayden invirtió el tiempo de espera en encender un cigarrillo—. Sí, diga.

—...

—¿Ha subido al dormitorio para que el policía no la oiga? Está bien... Bueno, ¿ocurre algo, quizá?

—...

—¡Qué...! —Respingó David.

—...

—¡Pero eso no entraba en nuestro trato!

—...

—Sí, lo comprendo, lo comprendo... Si la descubren a usted, será tanto como descubrir mi intervención. Pero, señora Cashmore, yo a fin de cuentas no he hecho gran cosa, y...

—...

—¿Cuarenta mil en lugar de veinticinco? —Relucieron los ojos de David—. ¡De acuerdo! Es una lástima que no me lo dijese antes, pues el trabajo ya estaría hecho.

—...

—Ah, no sabía que habría que hacerlo... Bien. Dígame la dirección.

—...

—Sí, sí... Cuanto antes, de acuerdo. ¿Y el dinero?

—...

—Está bien. Espero tener pronto noticias tuyas.

—...

—Descuide: antes las tendrá usted más. Es decir, de lo que me ha encargado.

—...

—Le digo que no se preocupe. Adiós.

David Hayden salió de la cabina con los ojos todavía relucientes de codicia. ¡Cuarenta mil en lugar de veinticinco mil libras...! Y total, por culminar su colaboración con un trabajillo que iba a resultarle muy fácil...

## CAPÍTULO VII

—Ningún problema, señor —apareció el detective Leigh, seguido por sus compañeros Slade y Samish—: todo está claro como el agua.

—Pero no han encontrado a Cashmore, ¿verdad?

—Lo siento, señor. Si fuese de día, no podría esconderse. Pero de noche, debe resultarle muy fácil. De todos modos, las carreteras y caminos están vigilados. No es probable que el señor Cashmore pueda escapar. Lo capturaremos por la mañana, ya verá.

Norton Ward asintió con un gesto, y quedó pensativo. Estaba en la Pólice Station de Southend on Sea, donde no sólo le habían facilitado ropa de su medida, gentileza del agente Bannion, sino que le habían curado sus minúsculas heridas en el pecho y cuello. En total, cuatro perdigonadas, que apenas habían tenido fuerza para clavarse en la carne del pecho después de atravesar la ropa, si bien la del cuello era más clara y profunda. Una cura profesional, a cargo del doctor Meads, y cuatro cruces de esparadrapo, habían resuelto la cuestión. Mientras tanto, de Londres habían llegado Slade, Leigh y Samish, que, impuestos rápidamente de la situación, se habían encargado de formar el círculo del que, se esperaba, Sidney Cashmore no pudiese salir.

—Supongo —murmuró de pronto Ward— que la casa y el coche han quedado bajo vigilancia.

—Naturalmente, señor. A prop...

—¿Han enviado las vendas manchadas de sangre, para que comprueben si es la misma que la del guante, o sea, de Sidney Cashmore?

—Así es, señor. Iba a decirle que, a propósito del coche, tenemos una sorpresa para usted. Bueno —pareció disculparse—, al menos, es una sorpresa para nosotros.

Ward no dijo nada. Sólo ladeó la cabeza, y se quedó mirando a su subordinado, que sacó unas llaves del bolsillo y las mantuvo con dos dedos colgando ante el rostro de Norton. El inspector del Yard comprendió en el acto, para admiración de sus hombres, y de Rosalind, que, sentada en una silla, asistía en silencio a la segunda entrevista entre los policías de Londres.

—¿Son del «MG» de Cashmore? —susurró Ward.

—Así es, señor.

—No es posible.

—Estaban en el contacto, señor.

—Sí, por supuesto. Lo que quiero decir... ¡No tiene sentido!

—Por eso le he dicho que nosotros nos hemos sorprendido, señor.

—¿Cómo demonios podemos admitir esto? Implicaría que Cashmore llevaba encima dos juegos de llaves de su coche cuando fue al Drake Club a meditar. Un juego lo dejó en el gabán, y el otro..., ¿lo llevaba en el traje?

—Las llaves son nuevas, señor. Se ve en seguida. Todo el mundo tiene un duplicado de las llaves de su coche, por si pierde un juego disponer de otro. Observe éstas: no se ven suavemente redondeadas en los bordes, sino con aristas agudas, o sea, llaves que no son utilizadas prácticamente nunca. Pero, además, señor, estas llaves no corresponden exactamente a un «MG».

Norton las tomó, por fin, y las examinó. La conclusión fue rápida y certera.

—Son de esas llaves que se hacen en dos minutos con una de esas máquinas. Hay diferentes modelos acoplables: sólo hay que darle la forma adecuada a los dientes. Se pueden conseguir por una libra en muchos sitios de Londres..., o de cualquier sitio. Y hay otro detalle: si la señora Cashmore tenía el otro juego de llaves del coche que entregan al adquirir el vehículo, está claro que no pueden ser éstas. O sea, que Cashmore se hizo arreglar estas llaves para el «MG». Pero..., ¿cuándo y por qué? Si las perdía, las suyas, quiero decir, le bastaba pedirle el otro juego a su esposa. Y además, las llevaba encima cuando fue a su club... Dos juegos de llaves... ¿Alguno de ustedes acostumbra llevar encima dos juegos de llaves de su coche?

El sargento Hearst, de la policía de Southend on Sea alzó un

dedo.

—Si me permite, señor...

—Naturalmente.

—Yo sólo llevo dos juegos de llaves cuando emprendo algún viaje con mi esposa. Yo llevo un juego, y ella otro, en su bolso, pues sería muy desagradable quedarnos sin llaves en Escocia, por ejemplo.

—¿En alguna otra ocasión lleva usted dos juegos?

—No, señor. Claro que no. No soy tan descuidado.

Norton Ward fue mirando uno a uno a los presentes, empezando por Rosalind, que se limitó a sonreír. Luego, miró a Samish, Leigh, Slade, al agente Bannion... Ninguno reaccionó. Ward cerró la mano, apretando las llaves.

—Quizá la señora Cashmore pueda explicarnos esto —murmuró—. Pero ya es muy tarde. Mañana se lo preguntaré. ¿Tienen algo que consultarme?

Nadie dijo nada. Ward se guardó las llaves, y le hizo una seña a Rosalind.

—Llevaré a la señorita Hale a Londres. Luego, iré a mi apartamento a por ropa, y regresaré para devolverle la suya, Bannion.

—Caramba, no hay ninguna prisa, señor. Estoy encantado de haberle podido ayudar, de veras.

—Muy amable. Bien, Leigh, usted lo dirige todo ahora.

—Gracias, señor.

Rosalind y Norton se despidieron de todos, y salieron a la calle. Norton movió la cabeza al mirar su coche, que parecía rebozado en barro.

—Si el terreno hubiese estado seco, seguramente no se me habría escapado.

—No sea tan puntilloso. Hizo lo que pudo.

Norton le dirigió una hosca mirada, y abrió el coche. Emprendieron el regreso a Londres, a buena velocidad. Norton Ward no tenía muchas ganas de conversación, evidentemente. La idea seguía martilleando en su mente: dos juegos de llaves, uno en el traje y el otro en el gabán... Era absurdo. Pero admitiendo que Cashmore hubiese tenido motivos para hacer esto, ¿qué motivos eran éstos? Había adquirido un juego de llaves nuevo, no el modelo

exacto de la marca «MG», sino... Sí, era un juego de llaves adquirido con urgencia, sin que importasen detalles. Con urgencia... ¿Por qué había de tener urgencia un hombre que debía haberlo planeado todo muy bien? Por otra parte, estaba bien claro que después del asesinato de su esposa, Sidney Cashmore pensaba regresar a su club. Tanto el trayecto de ida como el de vuelta lógicamente, pensaba hacerlos a pie. Entonces..., ¿para qué demonios podía querer dos juegos de llaves?

—... mi coche.

Norton parpadeó, y volvió la cabeza hacia Rosalind.

—¿Qué?

—Digo que lo mejor será que me deje en mi apartamento, y que mañana pasaré por casa de Myrna a recoger mi coche.

—Ah... Sí, como guste. ¿Se encuentra bien?

—Claro que sí.

—Quiero decir que podría estar asustada, o...

—No, señor.

—Me alegro. ¿Cuál es su dirección?

—Whitechapel; 6,

Duke's

Place.

—Muy bien.

—¿Le gustaría tomar una taza de té?

Norton Ward la miró con gesto de pasmo. Luego, miró su reloj de pulsera.

—Son las doce menos diez de una noche neblinosa y fría. Considerando esto, le diré que a estas horas sólo tomo *whisky*. O, si la ocasión es lo bastante interesante, champaña.

—En mi apartamento tengo de las dos cosas.

—¿Qué me dice usted!

—Sí.

—Vaya... ¡Sabe vivir muy bien, señorita Hale!

—Tengo un apartamento muy bonito y confortable.

Por un instante, Norton Ward se imaginó cómo sería el apartamento de una muchacha que llevaba botas, una blusa que lucía un atrevido escote, bufanda, y por abrigo, una manta, con un agujero para la cabeza. También intentó imaginarse a Rosalind Hale sin la cara tan intensamente maquillada, hasta el punto de que

parecía más una muñeca que ion ser real.

—Bueno —movió la cabeza—. Espero que lo disfrute muchos años, señorita Hale.

—Le estoy invitando a subir, ¿sabe usted? —refunfuñó la muchacha.

—Normalmente, me dejaría vencer por la curiosidad —sonrió Ward—, pero cuando estoy trabajando no suelo sentir curiosidad más que por mi trabajo.

—Es usted un estúpido —se enfurruñó Rosalind.

—A veces, sí. Como todo el mundo, supongo. Whitechapel, ¿eh? Estaremos allí en un periquete.

Poco después, Ward detenía el coche ante el número seis de Duke's

Place, y volvía la cabeza hacia Rosalind.

—Servida, *milady*.

—Váyase al demonio, so tonto. ¿Qué ve de malo en mí?

—A decir verdad, de usted no veo prácticamente nada..., aparte de, en diversas ocasiones, la bonita forma de su silueta. Si no recuerdo mal, Cashmore la llama Seno de Nieve... ¿A qué se refiere con eso? ¿A su innegable blancura tan encantadora..., o a su frialdad?

Incluso bajo el ya deteriorado maquillaje, Norton Ward pudo ver que la muchacha palidecía.

—Buenas noches, inspector —dijo con tono neutro.

Y salió del coche rápidamente, corriendo hacia el portal.

«Me parece que me he pasado», reflexionó Norton.

Salió a toda prisa del coche, y alcanzó a Rosalind cuando ésta terminaba de abrir la puerta y se disponía a entrar en el edificio de apartamentos. La asió de un brazo, como pudo.

—Normalmente, no suelo ser tan grosero —aseguró—. ¿Quiere que le diga la verdad?

—De usted no quiero ni tabaco para pipa.

—¿Fuma usted en pipa? —Se pasmó Norton—. ¡Lo que faltaba!

Ella se desasíó bruscamente.

—Váyase a la porra, fantasmón. Tanta fachada, tanta guapeza, y, ¿de qué le sirve?

—Caramba, pues... ¡Nena, le estoy hablando!

Era obvio que a Rosalind Hale no le interesaba la conversación

de Ward, porque había entrado en el portal y subía a toda prisa las escaleras. Iba tan rápida, que Ward sólo la alcanzó en el primer piso, subiendo los escalones de tres en tres, y tropezando continuamente. Para asegurar la presa, la agarró de una orejita.

—Oiga, por favor, le estoy dando mis excusas, jovencita. Creo que debería escucharme... Maldita sea, ¿no hay luz aquí?

La luz se encendió, y Norton todavía vio a Rosalind retirando la mano del conmutador del primer piso.

—Si no me suelta la oreja le voy a dar un rodillazo donde sé que va a dolerle, señor inspector —amenazó Rosalind.

—Vamos, tranquilícese. He sido un bruto, pero le estoy pidiendo disculpas, ¿no es así? No es bueno ser rencoroso... ¿Vive usted en este piso?

—En el segundo.

—Pues vamos allá. —Norton soltó la orejita, y señaló hacia arriba—. Me basta un solo piso para decirle lo que pienso al respecto.

—Al respecto, ¿de qué? —preguntó ella, comenzando a subir.

—Al respecto del asunto.

—¿Qué asunto?

—El de Seno de Nieve. La verdad es que me siento muy molesto cuando pienso que quizá Cashmore tiene motivos especiales para llamarla así.

—¿Y a usted qué le importa una cosa u otra?

Norton Ward frunció el ceño, y no contestó. Llegaron al segundo piso en silencio. De las profundidades de la indumentaria, Rosalind sacó un bolsito, del cual extrajo la llave. Abrió la puerta de su apartamento, y miró a Ward.

—Buenas noches.

Norton Ward la miró, todavía con el ceño fruncido. Volvió a agarrarla por una oreja, sacó su pañuelo, y lo pasó, despacio, por los labios de Rosalind Hale, retirando a conciencia el carmín. Ella permaneció inmóvil, mirándole fijamente. Ward terminó su tarea, guardó el pañuelo, asió la otra orejita de Rosalind, y atrajo la cabeza de la muchacha, que cerró los ojos.

Rosalind no se movió. Sólo se estremeció. Luego, quedó inmóvil, como una extraña muñeca de la cual sólo se veía la cabeza emergiendo de la manta. Por su parte, el inspector de Scotland Yard

comenzó a sentir todo un concierto de campanas dentro de su cabeza: ¡ding-dong,  
ding-dong,  
ding-dong...!

Aterrado, abrió de pronto los ojos, y susurró:

—Lo mejor será que me marche.

Rosalind también abrió los ojos.

—Eres un tonto —temblaron sus labios.

Norton Ward tragó saliva, soltó las orejitas, y dio un paso hacia el tramo de escalones. Se volvió.

—Adiós.

—Adiós, tonto.

Rosalind entró en el apartamento, alzando el brazo en busca del interruptor de la luz. Ward oyó perfectamente varios «clic-clic», pero la luz no se encendió.

—¿Qué ocurre? —se interesó.

—Nada, que no pueda arreglar sin tu ayuda —refunfuñó ella.

Y cerró la puerta. ¡Oh, por Dios, qué tonto era aquel hombre! Aunque quizá no... En la oscuridad, aplicó una orejita a la puerta. Durante tres o cuatro segundos, no oyó nada. Luego, muy amortiguados, los pasos, alejándose, y en seguida, en los peldaños.

—Se va de verdad —exclamó—. ¿Lo llamo o no lo llamo?

Decidió que no. Si Norton Ward tenía trabajo, y era todo lo responsable que parecía, ella no debía molestarlo. En la vida hay casi siempre tiempo para todo. Además..., ¿qué significado podía darle a aquel beso? Por parte de él, quizá había sido de simpatía... Por parte de ella, todavía notaba las tremendas palpitaciones del corazón.

—Como si fuese el primer hombre que me besa, vamos —se dijo, desconcertada.

Puso una mano en la puerta, y la deslizó. Tocó la pared, y fue caminando siempre guiada por la mano, hasta llegar al armario donde estaba el contador. Por fortuna, siempre tenía fusibles de repuesto...

«Vaya, qué casualidad —pensó. De pronto, notó cómo se le erizaba el cabello—. Sí, qué casualidad: igual que en la casa de Myrna, donde...».

Rosalind Hale dejó de pensar, su mente quedó como bloqueada, paralizada. Contuvo el aliento, y, en efecto, tras ella percibió una presencia, acompañada de una respiración sofocada... En el mismo momento en que abría la boca para gritar, las poderosas manos le llegaron por detrás, y notó los dedos cerrándose en su garganta, y la presión de los pulgares en la nuca...

Norton Ward estaba bajando el primer tramo hacia el vestíbulo del edificio, en ese mismo instante. Se detuvo en seco, y su ceño se frunció. Miró el interruptor de la luz que Rosalind había presionado. En el edificio había luz, pero no en el apartamento de Rosalind... Bruscamente, el inspector de Scotland Yard quedó blanco como la leche.

Sin pensar si se equivocaba o no, simplemente siguiendo aquel impulso, dio media vuelta y se lanzó escaleras arriba. Llegó en tres segundos ante la puerta del apartamento.

—Rosalind... ¡Rosalind, abre!

Silencio.

Un segundo. Dos segundos. Tres...

—¡Rosalind!

Silencio.

Norton Ward se apartó de la puerta, hasta la barandilla, calculó la distancia, y se lanzó contra la madera, cargando con el hombro izquierdo. La puerta crujió, el estrépito fue tremendo, pero Ward rebotó, estando a punto de caer. No vaciló ni un instante: sacó la pistola, apuntó a la cerradura, y disparó por tres veces. Luego, con un patadón impresionante, acabó de arrancar el mecanismo de la cerradura, y entró en el apartamento como una tromba.

—¡Rosalind! ¡ROSALIND!

Del fondo del apartamento, llegó una racha de frío húmedo. Dio un paso hacia allí, pero se detuvo en seco, estando a punto de caer de rodillas. Al resplandor de la luz del descansillo, vio el bulto caído, a su derecha. Olvidando aquella ráfaga de frío, se abalanzó sobre el bulto, que, efectivamente, era Rosalind. Yacía de costado en el suelo, y cuando la movió le pareció... una cosa blanda, sin vida.

—Dios...

La arrastró hacia la luz, y se quedó mirando con expresión desorbitada el lívido rostro de la muchacha. En el descansillo se

oían voces excitadas, algún grito...

—¡Aquí! —gritó Ward—. ¡Al apartamento de Rosalind!

De un tirón, rasgó el abrigo de ella, dejando al descubierto el torso..., y completamente la garganta, en la que vio las rojas huellas bien marcadas. Colocó dos dedos bajo la barbilla, y notó el latido, desigual, rapidísimo. La luz del descansillo lanzó sobre él y la muchacha las sombras de algunas personas.

—Avisen una ambulancia —gritó—. ¡Y que alguien arregle esta maldita luz! ¡Vean si está apagado el contador, o se ha fundido algo...! ¡Vamos, muévanse!

\* \* \*

Rosalind abrió los ojos, y en alguna parte, vio una luz azul que aparecía y desaparecía. Se quedó mirando aquel techo que parecía caer sobre ella, a punto de aplastarla. Y seguía viendo la luz azul, apareciendo y desapareciendo...

Intentó moverse, y entonces notó la presión en un hombro.

—No te muevas. Estás en una ambulancia, todo va bien.

Volvió los ojos hacia la izquierda, y vio la forma de una cabeza, recortándose contra la luz azul y otras muchas luces de varios colores.

—¿Inspector? —susurró.

—Sí. Llegaremos al hospital en seguida. No te preocupes por nada, todo está bien.

—¿Qué..., qué ha pasado...?

—No hables. Descansa.

Rosalind Hale se quedó mirando aquel rostro, que a cada segundo que pasaba veía con más claridad. De pronto, buscó una mano de él, y la oprimió fuertemente.

—¿Ves? —susurró—. El lo decía sólo por el color...

Norton Ward consiguió tragar aquel enorme nudo que hacía rato tenía en la garganta, ahogándole lentamente.

—Está bien.

—¿Tú qué prefieres? ¿El color o el calor?

—Las dos cosas —aspiró hondo el hombro del Yard—. Las dos cosas.

Eran las tres y media de la mañana cuando Norton Ward llegó al apartamento de Rosalind Hale, ocupado por media docena de hombres, cuatro de los cuales estaban todavía buscando huellas dactilares. Los otros dos se acercaron inmediatamente a él.

—¿Cómo está la chica, señor?

—Bien... Llevará durante unos cuantos días la marca de los dedos, pero está bien. ¿Han encontrado algo?

—Estamos obteniendo huellas. No había ningún fusible estropeado, simplemente la luz había sido apagada en el contador. El hombre entró por la ventana del dormitorio del fondo, que da a un patio. Y se marchó también por allí.

—¿Cómo llegó a la ventana? Estamos en un segundo piso.

—Hay escalera de incendios.

—Maldita sea...

—Hemos encontrado manchas de barro en el suelo.

—¿De barro?

—Sí, señor. ¿Quiere verlas?

Ward casi miró duramente al hombre, que enrojeció. Le señaló el camino hacia el dormitorio, donde, en efecto, había pequeñas manchas de barro seco. Arrodillado ante ellas, Norton Ward miró el barro que ensuciaba sus propios zapatos.

—Necesito un par de hojas de bloc —pidió.

Recogió en cada hoja un poco de barro. En una, de sus zapatos; en la otra, del que había en el suelo.

—Quiero que lo analicen, y que me digan si es la misma tierra la de uno y otro papel.

—Sí, señor. ¿Algo más?

—No. Sigán trabajando. Si tienen algo que decirme, estaré en mi despacho, o en el hospital adonde han llevado a la señorita Hale.

## CAPÍTULO VIII

Rosalind Hale miraba incrédulamente a Norton Ward.

—¿Sidney? ¿Sidney quiso estrangularme a mí?

—Así es. La tierra que había en tu dormitorio y la de mis zapatos, era idéntica. Quiero decir que sabemos que fue Cashmore, ya que él estuvo en la cabaña. ¿Lo comprendes?

—Sí, sí. Pero... ¿a mí? ¿Por qué?

—Quizá estaba molesto contigo, porque no le hacías caso.

Rosalind sonrió luminosamente.

—Ahora eres tú quien está de cachondeo, inspector.

Ward encogió los hombros, procurando sonreír también.

—Nos estamos preguntando cómo pudo llegar a Londres. No tenía coche, y está herido. La única explicación puede ser la de que robó un coche en cualquier sitio. Eso tiene sentido.

—¿Y qué es lo que no tiene sentido?

Norton se puso en pie, y se acercó a la ventana del cuarto donde se hallaba instalada Rosalind Hale. Fuera, el asfalto relucía bajo la fina lluvia invernal. Eran las diez de la mañana, pero lo mismo se podía pensar que eran las diez de la noche.

Reflejada en el cristal de la ventana, veía también a Rosalind, tendida en la cama, tapada hasta el cuello, con los brazos fuera del embozo.

Ward se volvió.

—Lo que no tiene sentido —murmuró— es que si Cashmore tenía intenciones de matarte, no lo hiciese anoche en Southend on Sea. Estaba escondido entre los árboles, pudo vernos perfectamente. Tuvo clarísima ocasión de destrozarte con una de aquellas perdigonadas. Y no lo hizo. Pero luego, se viene a Londres, llega antes que nosotros, y te espera en tu apartamento para

estrangularte... No tiene sentido.

—Estás muy desorientado, ¿verdad?

Norton Ward contempló ceñudamente a aquella muchachita que se permitía decirle a él, uno de los más prestigiados inspectores de Scotland Yard, que estaba desorientado. Muy desorientado.

—Así es —gruñó.

—Bueno, Sidney os lo explicará todo cuando lo capturéis.

Ward volvió a encoger los hombros, y fue a sentarse junto a la cama. Se quedó mirando a Rosalind, y de pronto, sonrió.

—Cuando te he visto al llegar, sin todas esas pinturas de guerra en la cara, creí que me había equivocado de cuarto.

—Qué gracioso... Bueno, ¿cuándo podré marcharme a casa?

—Esta misma tarde, o quizá mañana. No tengas prisa. Aquí estás bien.

—Cuando has entrado, he visto un policía en la puerta.

—Y hay otro paseando por el pasillo. Creo que debería marcharme. Siempre tengo cosas que hacer, y además, me gustaría asistir al entierro, A veces...

—¿Qué entierro?

—El de Jane Gaywood.

—¡Ah, sí! Parece que la desorientada soy yo, ¿verdad? ¿Quién se ha hecho cargo? ¿Habéis encontrado algún familiar de Jane?

—No. La señora Cashmore se ha hecho cargo de todo.

—Ya. Sí, Myrna es muy buena... ¿Sabe que estoy aquí?

—Todavía no. Me pareció más discreto esperar a después del entierro. Esa pobre mujer va de sobresalto en sobresalto, y creo que todo debe dosificarse. Claro que si quieres que la avise para que venga cuanto antes, lo haré. Entiendo que dejasteis pendiente una conversación ayer por la tarde.

—Oh, eran tonterías de mujeres, realmente. A veces, una cosa nos hace mucha ilusión, y de pronto, la repudiamos. Somos unas fierecillas insoportables, ¿verdad?

—No sé. ¿Qué es lo que has repudiado de pronto?

—Yo, no. Ella. Estábamos hablando de su camisón.

—¿Cuál camisón?

—El que regaló a Jane. El blanco. Bueno, el que...

—Sí, sí. ¿Estabais hablando de ese camisón? ¿Por qué?

—Yo estaba sorprendida de que Myrna se lo hubiese regalado a

su sirvienta, después de tanto insistirle a Sidney para que le regalase un camisón blanco. Y ni siquiera hacía una semana de ello, así que me... ¿Por qué me miras así?

—¿Sidney Cashmore le regaló a su mujer ese camisón blanco a petición de ella? ¿Estás segura?

—Claro que sí. Incluso recuerdo que Sidney hizo un comentario de ésos tan suyos, muy desvergonzado. Creo que fue algo así como: «¡Anda, la vieja se siente virginal...!». Fue algo parecido. Estaba un poco fastidiado. Esa clase de prendas no las vendemos nosotros, así que tenía que ir a comprarla por ahí. Me ofrecí para hacerlo yo, y aceptó encantado. Myrna estaba un poco pesada con eso, y comprendí que Sidney no quería desairarla... Hice la compra en su nombre. Después de todo...

—¿Sí?

—Bueno —sonrió Rosalind—. La verdad es que Sidney es un manazas y un caradura, pero en general siempre nos llevamos bien. Normalmente, su trato era... encantador, diría yo. Hasta anoche, claro.

—Sí... Bien, tengo que marcharme ya. Estaré en contacto con el hospital, para venir a buscarte cuando te den de alta. Pórtate bien, nena.

—Tengo casi veintiún años, señor inspector.

—Es una edad muy adecuada para comenzar a envejecer. ¿Te gustan las flores?

—¡Oh, sí, me encantan!

—Lo tendré en cuenta. Adiós.

—No me mandes flores —sonrió Rosalind—: mejor, dame besos.

Desde la puerta, Norton Ward tiró un beso a Rosalind, con una mano. Luego, abandonó la habitación, irritado consigo mismo por aquélla cursilería.

\* \* \*

Fue un entierro triste y sorprendente. Triste, por el simple hecho de ser un entierro. Sorprendente, porque acudieron muy pocas personas, Y las que acudieron lo hicieron más por acompañar a Myrna Cashmore que a la difunta en su despedida del mundo de los vivos. Así pues, bajo la fina lluvia, solamente estaban Myrna, seis o siete amigos de ella, y, un poco apartado, el inspector de Scotland

Yard Norton Ward.

El responso fue breve y desangelado. Todo era deprimente y sólo tuvo una cosa buena: fue breve. Eran las tres de la tarde, y todo lo que se le estaba ocurriendo a Ward era que sería estupendo poder hallarse en su apartamento, tomando café y leyendo un buen libro, al calor de la chimenea. Es decir, esto es lo que acostumbraba a pensar en momentos de depresión, pero aquella tarde, sus pensamientos discurrían por derroteros inéditos, y, horror de horrores, había una mujer en ellos. ¡Una mujer en su apartamento de soltero! Santo cielo, ¡no! En cuanto una mujer comenzase a meter mano allí, todo se iría al diablo. Las mujeres no entienden de leoneras...

—¿Forma parte de su obligación venir a los entierros, inspector?

Norton parpadeó, y acto seguido sonrió a Myrna, que estaba ante él, mirándole con curiosidad. Sus amigos esperaban un poco alejados, para acompañarla a casa. Sin duda alguna, se estaban solidarizando con su extraña y preocupante situación. Fuera del cementerio, el agente de policía de turno esperaba en el coche a la señora Cashmore.

—No... No, no. A veces lo hacemos guiados por un pensamiento... morboso, por la creencia de que a algunos asesinos les gusta presenciar el entierro de sus víctimas.

—Sin duda está bromeando.

—No. Hace muy poco, tuvimos un caso así... Bueno, esta vez he venido porque quería hacerle un par de preguntas, señora Cashmore. Supongo que el momento no es oportuno, así que...

—Haga sus preguntas.

—Gracias. Es acerca de su camisón... El camisón blanco que usted le regaló a Jane Gaywood. Ésta mañana ha salido casualmente la conversación entre la señorita Hale y yo.

—No entiendo nada.

—Bien... Usted, según parece, tenía muchos deseos de tener un camisón blanco, así que le pidió a su marido que se lo regalase. Su marido lo compró por mediación de Rosalind Hale, y usted tuvo su camisón... A los pocos días, lo regaló a su criada.

—Ah, sí... Recuerdo que Rosalind me hablaba ayer de eso mismo. Reconozco que es un poco sorprendente, pero... lo pensé mejor. En realidad, comprendí que había sido una tonta. Ese tipo de

camisones, grandes, tan cerrados, tan blancos... quizá le sienten bien a las jovencitas, pero en mi caso, producía el efecto contrario.

—¿Perdón?

Myrna Cashmore suspiró profundamente.

—Tengo exactamente cuarenta y un años, inspector. Como usted ya sabe, Sidney tiene treinta. Lo contrario, o sea, que él tuviese cuarenta y yo treinta no tendría importancia, pero... Bien, debo admitir que con ese camisón intenté... rejuvenecer un poco nuestra intimidad. Me solté el cabello, me puse el camisón, le... le hablé dulcemente a Sidney. Fue muy considerado, pero comprendí que estaba haciendo el ridículo. Yo, no él. En realidad, a una mujer de mi edad, y precisamente aprovechando ciertos encantos todavía... vigentes, lo que le interesa es lucir esos encantos, no ocultarlos como si fuese una jovencita.

—Bueno, señora Cashmore, realmente, yo no pretendía...

—Oh, vamos —sonrió Myrna—. Los dos somos adultos e inteligentes, inspector. Las cosas son como son. Así lo comprendí, de modo que decidí deshacerme de ese camisón y recurrir a otros más... provocativos, dicho sea con la palabra exacta. No sé si le parecerá raro.

—Desde luego que no.

—Lo malo es que... Bien, supongo que esa chica, Debbie Truslow, también debe usar camisones provocativos. —Myrna bajó la mirada—. Y es lógico pensar que cuando Sidney hizo las comparaciones, yo salí perdiendo.

—Me siento como un perfecto imbécil, señora Cashmore.

—Pues no lo es, me parece a mí —le sonrió ella—. Me extraña que Rosalind no haya venido. La llamé esta mañana, pero...

—Está en el hospital.

—¿Dónde? —Respingó Myrna.

—Su marido de usted intentó estrangularla anoche.

—¡Dios mío! Pero... no es posible. Usted me llamó y me dijo que Sidney había estado en la casa de la playa, en efecto, pero no me dijo... ¡Por Dios! ¡No entiendo nada!

—Se lo explicaré mientras vamos hacia su coche, si me permite acompañarla. ¿Sus amigos van a acompañarla a casa?

—Están muertos de curiosidad... y morbo. Me temo que no podré disuadirlos. De todos modos, los despediré pronto. Quisiera

acostarme pronto hoy. Estoy... asustada, desmoralizada. Creo que tomaré un sedante para dormir. Oh, pero antes tengo que ir a ver a Rosalind, naturalmente. ¿Puedo hacerlo?

—Naturalmente. Yo voy ahora a mi despacho, tengo que atender toda una serie de detalles... Avisaré a los agentes de servicio que le permitan visitar a Rosalind, claro está. Dígale a ella que iré a verla más tarde.

—¿Se interesa usted por ella, inspector?

—Digamos que estamos haciendo un... intercambio de vivencias personales. Yo soy un sujeto de comportamiento clásico, y ella está un poquito chiflada. Aunque, claro, desde su punto de vista, el chiflado y el prehistórico soy yo. Espero que salga algo beneficioso para ambos de este intercambio de puntos de vista fundamentales.

—Es usted fantástico —se pasmó Myrna—. ¿Siempre habla así?

—En la Universidad no me enseñaron de otro modo, lo siento. Bueno, respecto a lo sucedido con Rosalind...

\* \* \*

—Querida mía, esto es espantoso —suspiró Myrna—. Por fortuna, el inspector Ward acudió a tiempo. Y según me ha contado, lo hizo todo por simple intuición, por un presentimiento.

—La verdad es que yo habría preferido que hubiese vuelto por otros motivos —dijo Rosalind.

—¿Te gusta?

—¿Ese viejo fósil cuaternario, ese documento de la antigüedad, ese montón de huesos apolillados, esa mente transparente y lúcida de investigador, ese..., ese...? ¿Gustarme? ¿A mí?

—Vaya, ya veo que no te gusta.

—Estoy loca por él.

—¡Oh! —Myrna se echó a reír—. Bueno, me gustará saber cómo termina esto. ¿De verdad estás bien?

—Completamente. Ya me han dado de alta, así que en cuanto venga el hombre de las cavernas, me llevará a casa.

—Es todo un caballero el inspector Ward.

—Es un imbécil —gruñó Rosalind—. He tenido danzando a mi alrededor docenas de cretinos a los que si les hubiese propuesto subir a mi apartamento a tomar champaña se habrían vuelto locos de alegría. ¿Qué crees que dijo él?

—No sé. Algo sensato, me imagino.

—Dijo que tenía mucho trabajo. ¿Tú qué opinas?

—Opino que tengo que irme ya —rió Myrna—. Tengo a los amigos esperándome en casa, muertos de curiosidad, deseando que les cuente con detalle todas esas cosas. En realidad, he hecho una escapada sólo para verte un memento. Y como veo que estás bien, que no necesitas nada, y que va a venir a buscarte tu hombre cuaternario, me voy. ¿De verdad no necesitas nada?

—Myrna... Ten cuidado. Yo creo que Sidney se ha vuelto loco.

—Sí... Debe estar loco para hacer todo lo que está haciendo. Dios mío, todo esto es horrible.

—¿Vas acompañada?

—Sí, sí. Tengo junto a mí en todo momento a un policía. No te preocupes. Bien, te llamaré mañana a tu apartamento. Por favor, querida, cuídate: nos hemos quedado solas para atender todo el negocio.

—Saldremos adelante. Como antes, Myrna.

—Sí... Como antes. Bueno, ya nada será como antes. —Myrna sonrió tristemente—, pero no somos un pobre par de tontas, así que nos sobrepondremos a todo. Adiós, querida.

—Ten cuidado.

Myrna salió de la habitación. En el pasillo, la estaba esperando el agente Newman, alto, fuerte, coloradote, impecable con su planchadísimo uniforme. Dejó de conversar con su compañero que vigilaba el cuarto de Rosalind, y sonrió a Myrna.

—¿Ha terminado, señora Cashmore?

—Sí. Podemos regresar a casa.

Comenzaron a bajar las escaleras. Cuando llegaron al vestíbulo, Myrna miró como por casualidad donde estaban las dos cabinas de teléfonos públicos, y se detuvo.

—Voy a llamar a casa, a mis amigos. Les di las llaves, de modo que deben estar allí, impacientes. Les diré que llegaremos en seguida.

—Como guste, señora.

Myrna Cashmore se encerró en una cabina, y, en efecto, en primer lugar llamó a su casa, donde la estaban esperando. Dijo rápidamente que llegaría en veinte minutos, colgó, miró al policía, que justo en ese momento estaba contemplando las piernas de una

enfermera, y marcó rápidamente otro número, tras echar las monedas con gesto nervioso, apresurado. Cuando terminó de marcar la segunda llamada, el agente Newman todavía estaba en el séptimo cielo, pues se había cruzado otra enfermera de piernas aún más sensacionales.

—¿...?

—David, soy yo, le llamo...

—¡...!

—Deje eso ahora. Todos creen que quien lo intentó fue mi marido, a usted ni siquiera lo han mencionado. Además, conseguí arreglar el asunto que me preocupaba. Quería impedir que Rosalind le hablase al inspector Ward de mi camisón, pero eso ya ha sucedido, y he podido encontrar una explicación perfecta. Así que Rosalind Hale ya no nos interesa. Ahora, escúcheme bien: voy a entregarle el dinero esta noche...

—¿...?

—No se preocupe. Sé cómo salir de casa sin que el agente de vigilancia se entere. Le voy a llevar el dinero a su apartamento. Pero quiero que esa chica, Debbie Truslow, esté ahí.

—¿...?

—Ya se lo explicaré. No tengo tiempo para darle más explicaciones ahora. ¿A qué hora puede estar ella con usted en su apartamento?

—...

—Bien. Sí, de acuerdo, no me importa esperar a que termine su trabajo en ese lugar. Al contrario, cuanto más tarde, mejor. Más fácil será evitar que el policía me vea. Dígame la hora exacta.

—...

—De acuerdo. Esta noche quedará todo solucionado entre nosotros. Y recuerde: a partir del momento en que usted cobre su parte, no nos conocemos, no sabemos nada el uno del otro.

—¿...?

—¿Cuarenta mil? Bueno, Rosalind Hale está viva, ¿no?

—¡...!

—Está bien. Sí, comprendo que se ha estado arriesgando mucho. No puedo entretenerme más. Adiós.

Colgó, salió de la cabina, y se reunió con el agente Newman, que estaba pasmado de admiración. ¡Caracoles, si había allá pimpollos

superiores...!

—¿Ha terminado, señora?

—Sí, gracias. Vamos al coche.

## CAPÍTULO IX

Hacia las ocho de la noche, Norton Ward acudió al despacho del inspector jefe Alan Dows, que le recibió con una mirada de simpatía mientras señalaba uno de los sillones colocados ante su mesa.

—Pase, Norton, y siéntese. ¿Café?

—Pues... no. No, señor, gracias.

Dows lo miró sorprendido. Era un hombre alto, elegante, de algo más de cincuenta años, ojos oscuros y boca de cepo. Su mirada parecía tener la facultad de atravesar los objetos, e incluso las personas, con un solo impacto. De no haber sido tan correcto, tan educado, el inspector jefe Dows, habría resultado en verdad inquietante.

—¿No le gusta el café?

—Sí, señor. Es que acabo de llegar del apartamento de la señorita Hale.

—Ah... ¿Y eso qué tiene que ver con el café?

—Ya he tomado allí, señor. En realidad, he tomado un *whisky*. No me viene de gusto el café, lo siento, señor.

Alan Dows asintió, comprensivo.

—¿Cómo está la señorita Hale?

—Muy bien. Las señales en el cuello le durarán unos días, pero está completamente fuera de peligro. He dejado con ella al agente Stacey.

De nuevo asintió Dows. Bajó la cabeza, y se quedó mirando las cuartillas mecanografiadas que tenía sobre la abierta carpeta de expediente en marcha. Norton Ward sabía que aquella carpeta era la correspondiente al caso Cashmore.

—Desde luego —dijo de pronto Dows—. Londres es una ciudad muy grande y con muchos recovecos, pero yo opino que deberíamos

saber algo de Sidney Cashmore. ¿No está de acuerdo?

—Estamos haciendo todo lo posible, señor. En mi opinión, si me permite expresarla, es que tanto la señorita Hale como la señora Cashmore están bien custodiadas. Por lo demás, supongo que es sólo cuestión de paciencia y perseverancia: Sidney Cashmore será visto más pronto o más tarde. Está herido, además. Seguramente, necesitará vendas, o antibióticos. Su fotografía ha aparecido varias veces en todos los canales de televisión, y han sido repartidas copias por toda la ciudad. Tenemos Londres acordonado. No tiene escapatoria.

—Está bien. Hablemos de David Hayden y esa chica. Deborah Truslow. ¿Se está ocupando de ellos?

—No me ha parecido necesario. Parece estar claro que Cashmore está loco por esa chica, así que no le hará ningún daño. Por otra parte, David Hayden está siempre con ella, y le aseguro que si apareciera Cashmore no sólo nos avisaría, sino que lo recibiríamos en bastante mal estado. Los dos tienen instrucciones mías de avisarme si Cashmore se pone en contacto con Debbie Truslow. Y finalmente, señor, estamos movilizando todo el personal posible en la búsqueda de Sidney Cashmore.

—He enviado los nombres de Hayden y la chica a París, a la Interpol. Espero respuesta quizá esta misma noche, pero, en todo caso, la recibiremos mañana a primera hora. Por otro lado, como ya sabe, el análisis de las dos muestras de tierra que usted envió al laboratorio, dio un resultado positivo: era la misma tierra. Lo que no tenemos son huellas dactilares de Cashmore, pero, claro está, él debe estar utilizando guantes...

—Perdió uno. Pero es fácil disponer de otros guantes.

—Sí —asintió Dows—. En realidad, no se puede hacer más de lo que estamos haciendo, ¿no le parece?

—Así lo creo yo, sí, señor —se desconcertó Ward.

—Entonces, quizá usted pueda explicarme a qué son debidos los rumores que han llegado hasta mí.

—¿Qué rumores, señor?

—Evidentemente, éste es un caso claro, en el que todo lo que falta es detener al asesino, o sea, Sidney Cashmore. Sin embargo, he oído que usted, habitualmente tan... imperturbable y metódico, va de un lado a otro como si no supiese qué hacer. Va a cementerios, a

hospitales, acompaña a chicas, no está en su despacho ni colabora directamente en la búsqueda de Cashmore... Como le conozco bien, sé que ello es debido a algo concreto, a alguna inquietud razonable. ¿Qué le ocurre exactamente, Norton?

Norton Ward aspiró hondo. Claro: allá estaba la regañina. Amable, desde luego, pero directa y firme.

Se pasó una mano por la cabeza, y terminó rascándose la nuca, con un gesto expresivo, pero poco ortodoxo, con lo que aumentó la perplejidad de Alan Dows.

—Bueno, señor... No lo sé. Es que hay algo que no encaja en todo esto.

—¿Qué es lo que no encaja?

—No lo sé, señor. Tengo en la cabeza todas las piezas. Soy quien mejor conoce el caso, así que debería ser el que mejor lo entendiese... Y no lo entiendo.

—Según parece, todo está entendido, ¿no?

—No, señor. Yo no entiendo lo de las llaves del coche, ni lo del camión, ni que Cashmore haya querido matar a Rosalind Hale, ni... Bueno, no entiendo nada.

Alan Dows se rascó la nariz con un gesto muy aristocrático, como si estuviese realizando un gesto artístico. En su fuero interno tenía la certidumbre de que si Norton Ward estaba desconcertado era porque existían motivos para ello.

—Me permito sugerirle —dijo amablemente— que se retire a su apartamento y descanse toda la noche. En sus condiciones mentales, creo que es lo que necesita. Puede descansar y pensar. Y mañana a las nueve, lo espero aquí. ¿Le parece bien?

—Sí, señor —se puso en pie Norton—. Gracias, señor.

—Tómeselo con calma, muchacho —sonrió Dows.

Norton agradeció de nuevo el afable trato de su superior, y fue a su despacho, en busca de su portafolios. Lo primero que vio al entrar fueron las llaves del coche «MG», las encontradas en el bolsillo del gabán de Sidney Cashmore. Metió la mano izquierda en el bolsillo, y sacó las otras, que fue a dejar junto a las primeras. Las estuvo contemplando, unas junto a otras. Movié la cabeza, recogió el portafolios, y se dirigió hacia la puerta... De pasada, con un gesto de súbita decisión, recogió los dos juegos de llaves, y se los metió en el bolsillo.

El timbrado del teléfono hizo el efecto de un latigazo en el cuerpo de Norton Ward, tendido boca abajo en la cama. Estaba en pijama, casi destapado. La calefacción estaba a buena marcha. El timbre volvió a sonar. Ward se sentó en la cama, y se pasó las manos por la cara. Luego, miró el reloj de la mesita de noche, mientras sonaba el tercer timbrado. ¡Atiza, las ocho y diez!

Descolgó el teléfono.

—¿Sí?

—...

—Ah, Samish... Menos mal que me ha llamado. Tenía que estar a las nueve en... ¿Qué?

—...

—¡No!

—...

—Voy para ahí. No... Espere. Eso sería perder el tiempo. ¿Y la chica, Debbie Truslow? ¿También tiene ficha en la Interpol?

—...

—La dejaremos para luego. Vamos directos a por David Hayden, para que nos explique personalmente esa peculiaridad de ser conocido por la Interpol con el nombre de Marcel Dupré y otros varios. ¿Cuál es su dirección? ¿La tienen?

—...

—Magnífico. Mire, lo mejor será que envíe a Slade a buscar a la chica. Usted y Leigh espérenme delante del domicilio de Hayden. Llegaré allá en menos de media hora.

—...

—Hasta ahora.

Treinta y dos minutos más tarde, Norton Ward detenía el coche delante del edificio que le había indicado Samish. Éste salió del portal, abriendo un paraguas, con el que cobijó a su jefe, mientras caminaban de regreso al portal.

—Gracias, Samish... ¿Alguna novedad?

—No, señor. Hemos llegado hace unos minutos, y le estábamos esperando.

—Bien. Buenos días, Leigh.

—Buenos días, señor, si usted lo dice.

Ward asintió con gesto enfurruñado, y miró hacia la lluvia,

espesa, resplandeciente, gris.

—¿Slade ha ido a por la chica?

—Sí, señor. La llevará al Yard, si ella no se opone. En mi opinión, señor, esos dos son unos pájaros de cuenta. Apostaría a que el principio de todo debió ser sacarle dinero a Sidney Cashmore, pero las cosas se complicaron cuando la chica, al parecer, se enamoró de verdad de él. Hay cientos de parejas tan golfas como ésa. La Interpol no facilita informes tontos, señor.

—En efecto. Bien, quizá charlando con Hayden se aclaren algunas de mis dudas. Subamos.

David Hayden no contestó a las repetidas llamadas de Samish en la puerta. En su apartamento había un silencio de tumba. Leigh, que había estado escuchando unos segundos, se apartó, y negó con la cabeza.

—No se oye nada.

—Vaya al coche y llame al Yard. Pregunte si Slade ha llegado con la chica. Y pida que consigan una autorización para entrar en este apartamento... Que envíen un experto.

—Sí, señor.

Cuarenta minutos más tarde, las cosas se iban aclarando. Slade había comunicado que en el apartamento de Debbie Truslow tampoco contestaban. El experto en cerraduras pasó por allí, y, previa autorización, abrió la puerta. No había nadie en el apartamento, pero sí estaban todas las cosas de Debbie Truslow, como si ésta fuese a volver de un momento a otro. Slade llegó al apartamento de Hayden con el experto, y explicó esto, mientras aquél se dedicaba a abrir la puerta, tarea que le llevó menos de dos minutos.

—Han volado —aseguró Slade—. Ésos se han olido algo, y se han largado esta noche, señor.

—No llegarán muy lejos. Han cometido un error al escapar. Si se hubiesen quedado, les habría sido todo más fácil. Bien, creo que podemos entrar.

Entraron.

Y comprobaron que Debbie Truslow y David Hayden no habían volado. No, al menos, con el cuerpo, si bien se podía admitir que tuviesen almas, y que éstas sí habían volado.

Los dos cadáveres estaban en la mesa, abrazados

románticamente... Estaban blancos y fríos como hielo, tan rígidos que sería labor muy desagradable romper el abrazo. Los ojos de Debbie estaban abiertos, expresando dolor y estupefacción, de un modo horrendo, como si la muerte la hubiese sorprendido de súbito...

—No se les ve herida alguna —musitó Slade.

—Llaman al Yard.

—Sí, señor.

Norton Ward salió del dormitorio, y se dejó caer en uno de los sillones de la sala de estar. Después de pasarse las manos por la cara, quedó inmóvil, con la mirada ausente, muy abiertos los ojos..., hasta que en ellos fue concretándose la imagen que tenía delante: la mesita cuadrada, de cristal, en la que había una botella de *whisky* y dos vasos. Volvió a la realidad presente. Bien, no tenía nada de extraordinario aquello. David Hayden había llevado a Debbie a tomar una copa en su apartamento, sin duda alguna, con el propósito de convencerla de que debían reanudar sus relaciones, olvidando ella a Sidney Cashmore, un hombre sin porvenir.

—Veremos qué dice el forense —apareció Leigh—, pero yo juraría que están envenenados, señor.

Norton miró a Leigh, y volvió a mirar la botella de *whisky* y los dos vasos. Luego, pensó en cómo habían encontrado a Hayden y Debbie. Hay un sistema lógico de pensamientos que suele prevalecer siempre sobre los demás: ¿había fallado Hayden en sus propósitos de convencer a Debbie, y entonces la había envenenado, se había envenenado a sí mismo, y habían muerto ambos abrazados, en un último gesto de gran amor? Si esto era así, Hayden había plagiado Romeo y Julieta, de Shakespeare. Pero..., ¿un tipo como David Hayden haría eso?

Se puso en pie, y fue de nuevo al dormitorio, donde permaneció un par de minutos, contemplando los cadáveres.

—Es grotesco —musitó Leigh, a su lado.

Norton asintió, y abandonó el dormitorio. Entró en la cocina, donde todo estaba en orden. Es decir, todo, no. Sobre el mármol, junto a la piletta, estaba la bandeja de los cubitos de hielo, que se habían convertido en agua. Los cubitos eran independientes, de esos que se forman en pequeños recipientes de plástico apretando cuya base, sale un solo cubito. Había ocho. Tres de ellos no tenían agua.

Tres, no dos. ¿Se habían consumido tres cubitos de hielo? Bien, quizá Debbie o Hayden hubiesen utilizado dos...

Salió de la cocina, y estuvo curioseando por el salón. Luego, fue al cuarto de baño, abrió el armario, y echó un vistazo distraído. No había nada especial. Estaba todavía mirando el armario cuando vio la ropa, dentro de la bañera vacía. Se acercó, y se quedó contemplando las prendas masculinas. Un traje completo, camisa, zapatos, calcetines..., todo bastante manchado de barro, destinado a la lavandería, naturalmente...

—¡Leigh! —llamó de pronto Ward—. ¡Leigh!

Éste apareció en la puerta, expectante.

—¿Señor?

—Entre. Tome uno de esos zapatos, y un calcetín, y venga conmigo.

Leigh asintió, se acercó a la bañera, y se inclinó... Se quedó inmóvil. Luego, volvió vivamente la cabeza hacia su jefe.

—Está todo sucio de barro. ¡Y parece el mismo barro...!

—Haga lo que le he dicho.

—Sí, señor.

Leigh eligió el zapato derecho, y el calcetín que había adoptado esta forma, elegido cuidadosamente. No necesitaba que Norton le diese más explicaciones. Fueron al dormitorio, y Leigh le puso a David Hayden el calcetín y luego el zapato, en el pie derecho.

—Como un guante —musitó.

—Sigan con esto. Yo me marchó.

—¿Se marcha, señor?

—Eso he dicho. Pero nos veremos en mi despacho... a las dos, después del almuerzo.

—Sí, señor.

## CAPÍTULO X

Eran las seis de la tarde. En el salón de estar de la casa de los Cashmore, Myrna escuchaba, aterrada, las explicaciones de Norton Ward.

—... así que llegamos a la siguiente conclusión: su marido estaba tan acorralado, que tomó la decisión de esconderse en un lugar donde no le buscarían, y eligió el apartamento de David Hayden; no el de Debbie Truslow, pues debía comprender que allá no estaría seguro... Pero tampoco podía estar seguro en el de Hayden, ya que éste no sentía precisamente simpatía por él. Por lo tanto, ya previsto esto, se había procurado veneno, que vertió en la botella de *whisky*. Hayden llegó, pero no solo, sino con Debbie. Seguramente, el señor Cashmore estaba escondido, calculamos que debajo de la cama, en el dormitorio. Los oyó hablar, y sin duda alguna, no le gustó lo que oyó, así que cuando supo que los dos iban a tomar un trago, posiblemente reconciliados y decidida Debbie a prescindir de él convencida por Hayden, no hizo nada. Debbie y Hayden estaba ya muy en plan íntimo cuando bebieron el *whisky*..., y ambos murieron. Luego, incapaz de estar encerrado allí con dos cadáveres, el señor Cashmore continuó su fuga alucinante. La verdad es que no quisiera estar en su pellejo: ha cometido tres asesinatos, lo ha intentado con Rosalind Hale, y evidentemente, usted no está muerta gracias a su inicial error al confundirla con su criada, debido al camisón. Es una situación desesperada.

—Qué horrible es todo esto... ¡Me parece una pesadilla, es como... como si Sidney fuese otra persona, como si no fuese el hombre que yo conocí! ¡No puedo creer todo lo que está sucediendo!

Norton Ward asintió con un gesto.

—Ignoramos qué puede estar tramando ahora su marido, señora Cashmore, pero como medida de precaución<sup>7</sup> total, hemos reforzado la vigilancia sobre Rosalind y usted.

—Sí... Gracias, inspector. ¡Estoy tan asustada!

—Lo comprendo... Bien, debo marcharme... Ah, otra cosa, señora Cashmore: he decidido retirar de la casa al agente que hasta ahora ha estado prestando servicio. Por un lado, pienso que usted se ve un tanto coartada en su intimidad. Por otro lado, que no voy a negarme me parece aún más interesante, quiero dar la impresión de que usted ya no está protegida. Dispondré algunos hombres alrededor de la casa, adecuadamente ocultos y vigilantes. Le aseguro que estará perfectamente protegida.

—No me molestan sus agentes, inspector.

—Es usted muy amable. Pero la verdad —sonrió Ward—, lo que pretendemos es tender una trampa. Su marido debe estar tan desesperado, que no me sorprendería que intentase venir. Si así lo hace, lo capturaremos.

—Bien... Si usted lo cree conveniente...

—Desde luego. Bien, hasta pronto, señora Cashmore.

Myrna acompañó a la puerta a Norton y al agente de servicio en el interior de la casa. Se despidió de ambos, cerró la puerta y fue a mirar por la ventana del salón. El inspector Ward y el policía de uniforme subieron al coche del primero, y se alejaron...

—¡Qué grandísimos estúpidos! —Casi rió Myrna.

Se sirvió una copa de jerez, del que tanto le había gustado a Sidney. ¡El muy puerco! Se sentó en un sillón, y se dedicó a paladear placenteramente el jerez. Ahora sí que había terminado todo. ¿Cómo podían ser tan tontos los hombres? Incluso Hayden... ¿Era posible que hubiese creído siquiera por un instante que ella iba a dejarlo con vida después de todo aquello? Todo previsto. Incluso la adquisición del veneno con el que, desde el primer momento, había planeado matar a Hayden y a Debbie Truslow... ¿O acaso aquella mosquita muerta había creído que ella se iba a librar bonitamente del asunto? Habían acudido los dos al apartamento como dos corderitos, y ella se las había arreglado para alejarlos a la vez de la sala, a fin de verter el veneno en los vasos de *whisky*. Debbie Truslow estaba muy sorprendida ante la comprensión de aquella dama a la que había estado a punto de privar del marido,

pero aceptó con agrado su perdón y comprendió su curiosidad, y que la señora Cashmore creyese que ella sabía dónde podía estar Sidney. Era una pobre tontita, y evidentemente, David Hayden no le había dicho nada del plan. No le interesaba.

Hayden estaba aún más sorprendido por la actitud y la conversación más bien extraña de Myrna Cashmore, pero no tuvo tiempo de llegar muy lejos en su sorpresa... Cuando ambos estuvieron muertos ante ella, los había colocado en la cama. ¡Qué perfección de detalles!

Y por fin, había vuelto a casa. El policía de turno estaba dormitando en el salón, así que ella sólo tuvo que utilizar a la inversa el camino utilizado para salir cuando el policía creía que, tras tomarse un sedante, dormía profundamente en su habitación: entró por la puertecilla del garaje, de éste pasó al interior de la casa y, sigilosamente, subió a su dormitorio... Fin. Asunto terminado. Completamente terminado.

Hacia las ocho menos cuarto, cuando Myrna había terminado ya de cenar y estaba leyendo en el salón, sonó el teléfono. Lo miró con cierta irritación, pero decidió atender la llamada.

—¿Diga?

—Myrna, asesina...

Myrna Cashmore quedó lívida como un cadáver, recibiendo tal impresión que casi se sintió mareada, la cabeza le dio vueltas... La boca se le secó de pronto.

—No creas que le voy a contar a la policía lo que has hecho —continuó oyendo la susurrante voz de Sidney Cashmore—. No lo haré, querida, porque quiero ser yo quien te mate. Pero antes... antes quiero que sufras todas las angustias del mundo. ¿Me estás oyendo, asesina?

Myrna abrió la boca, pero no pudo emitir sonido alguno. Su frente se llenó de sudor frío. Estaba paralizada.

—¿Estás ahí, Myrna? ¿Me oyes?

El auricular escapó de la mano de Myrna, golpeando sobre la mesita y rebotando, de modo que quedó colgando por un lado.

—No —jadeó—. No, no... Estás muerto, yo te...

—Myrna, ¿me oyes? —Brotó la voz del oscilante auricular—. Ve preparándote, porque nadie podrá impedir que haga contigo lo mismo que tú hiciste con Jane. O quizá te envenene, como has

hecho con Debbie... Se lo diré todo a la policía, pero después de haberte matado, asesina. Cuando te...

La mano de Myrna cayó sobre el soporte, cortando la comunicación, la voz de su marido. El silencio fue terrible, como una presión súbita en sus oídos. Myrna estaba recordando... Le había parecido que Sidney se había movido después de disparar contra él, que aún tenía vida. Pero se había asegurado de que no era así. Estaba muerto. ¡Estaba muerto!

Lentamente, Myrna Cashmore colgó el auricular. Sí, Sidney estaba muerto y metido en la cuba de vino, que ella misma había vuelto a tapar, clavando las tablas de arriba...

—Está muerto —dijo en voz alta—. Está muerto. Lo tengo abajo muerto, sí.

Todavía estuvo inmóvil un par de minutos. Luego, salió del salón, fue a la cocina, abrió la puerta de la bodega, encendió la luz y miró hacia abajo. Vio el gran barril tapado. Nada había cambiado, Sidney estaba allí dentro, muerto. ¿O no?

—Lo comprobaré... ¡No me cuesta nada!

Bajó, buscó las herramientas que ya había utilizado la primera vez para destapar la cuba, y arrancó las tablas de arriba. Se colocó de rodillas sobre la única tabla que quedaba en su sitio y metió el brazo derecho en el vino, cuyo fuerte olor casi le producía náuseas. Lo movió y lo detuvo de pronto. Había tocado algo sólido... Claro. Sidney tenía que estar allí. Cerró con fuerza los dedos y tiró hacia arriba. La cabeza de Sidney Cashmore apareció, chorreando vino, sujeta por los cabellos por la crispada mano de su asesina. ¡Por Dios, qué horrible estaba!

—Estás aquí —dijo—. ¡Sabía que tenías que estar aquí!

—Yo no lo sabía, señora Cashmore —dijo la voz de Norton Ward, en lo alto de la escalera de la bodega—. Pero era lo único que me quedaba por saber. Tenía que estar muy cerca, pero..., ¿dónde? Ahora ya lo sé.

Myrna Cashmore miraba a Norton Ward sin comprender, como si la presencia del hombre de Scotland Yard fuese algo... pasajero, una imagen que se desvanecería de un momento a otro. Continuaba arrodillada sobre la tabla, inclinada hacia delante, sosteniendo por los cabellos a su marido, fuera del vino hasta los hombros. Detrás de Norton Ward estaba el agente de policía, y algunos hombres

más, que eran sólo confusas formas a los ojos de Myrna.

Por un momento, pareció que la situación fuese a eternizarse, tal fue el silencio y la inmovilidad de todos. Hasta que Ward musitó:

—Todo ha terminado, señora Cashmore. Baje de ahí.

Myrna parpadeó. Entonces, ¿todo era verdad? ¿La imagen de Norton Ward era una realidad? ¿Estaba allí, lo sabía todo, la había descubierto? ¿Cómo era posible?

—De mí no se ríe nadie —dijo de pronto Myrna, con una serenidad increíble—. Ellos debían estar muriéndose de risa a mi costa, pero... ¡de mí no se ríe nadie!

Norton Ward se estremeció.

—Estoy convencido de ello, señora Cashmore.

## ESTE ES EL FINAL

La puerta del apartamento se abrió, y Norton Ward, con un ramo de flores en una mano y una botella de champaña en la otra, comenzó a sonreír..., pero súbitamente desapareció su sonrisa y apareció la expresión de desconcierto.

—Perdone —musitó—. Debo haberme equivocado de...

—No empieces con cachondeos —refunfuñó Rosalind Hale.

Ward parpadeó. Sí, la voz de aquella muchacha bellísima, elegantemente vestida con un precioso modelito de noche escotadísimo, era la de Rosalind Hale, desde luego. Y los ojos también. Y la forma de la boca, y los brillantes cabellos lacios y... Pero ¿dónde estaban los cientos de anillos de las manos, el maquillaje desaforado, la bufanda, las botas hasta arriba...?

—Atiza. ¿Eres tú?

—Pasa —se apartó Rosalind—. Gracias por las flores, pero ya te dije que tenía champaña en casa.

Cerró la puerta y se quedó mirándolo. Naturalmente, el inspector Ward estaba impecable.

—¿Dónde has dejado la bufanda y los anillos?

—Mira, inspector, te prefiero serio. Además, lo de los anillos, la bufanda y las botas y todo lo demás, es mi uniforme de trabajo, ¿comprendes? Ni siquiera me dejaste explicarlo, pero debes saber que en Carnaby Street, y en aquella tienda, no puedo aparecer vestida así, por ejemplo. Se morirían de risa al verme... y no tendría clientela. ¿Te traigo una silla o prefieres pasar al saloncito?

Norton puso el ramo de flores en manos de Rosalind, y caminó hacia el interior del apartamento. No había mucha luz. Sólo la de

una lámpara de pie, en un rincón, y la de dos velitas encarnadas dispuestas en una mesa preparada primorosamente para la cena. Una dulce música parecía distribuir flores en el ambiente.

—¿Y sabes cómo llegué a la conclusión de que todo había sido obra de Myrna? —preguntó Ward, de pronto.

—¿Eh? ¿Qué?

—Pues debido al barro en los zapatos de David Hayden. Comprendí que era él quien había estado en Southend on Sea, y quien había querido estrangularte... ¿Y por qué quiso estrangularte? Pues por lo del camisón: sabías eso, y a Myrna no le gustaba. Sí, lo del barro en los zapatos de Hayden ya fue el colmo. Las llaves del...

—Oye, inspector, ya sé que eres muy listo. Me lo demostraste cuando viniste aquí a pedirme que te facilitase la cinta grabada con la voz de Sidney, y cuando luego buscaste por todo Londres al mejor imitador de voces para que, tras estudiar muy bien la de Sidney Cashmore, llamase a Myrna y le dijese lo que tú le habías indicado, asegurando ser el mismísimo Sidney. Además, los periódicos lo explican todo, así que todos sabemos lo listísimo que eres y conocemos la historia completa. Así que te pregunto: ¿has venido a hablarme de eso?

Norton Ward miró alrededor, captando el gratisísimo ambiente.

—Es que todo esto —movió un brazo— me parece una trampa.

—Lo es. ¿Y qué?

—Sé juiciosa, nena... ¿Cómo vamos a encajar un tipo como yo y una chica como tú?

—Llevaré una doble vida. Cuando esté en la tienda, seré una chica progre, y cuando esté contigo me convertiré en un ser prehistórico. Será como si estuvieses casado con dos mujeres, pero sólo tendrás que soportar a una.

—La oferta es digna de estudio.

—Pues estudiémosla juntos... ¡Oh, por Dios, dime de una vez si te gusto lo suficiente o no, inspector!

—Me gustas más que el té.

—Yo preferiría gustarte más que el champaña.

—Bueno. —Ward se rascó la cabeza con la mano libre—, digamos que no veo inconveniente alguno en poner a prueba a la chica prehistórica. Y si me gusta, me quedo con ella.

—¿Y la otra?

—¿La progre? Esa vamos a dejarla de reserva. ¡Caramba, dos mujeres...! Me siento como un sultán.

Rosalind Hale se colgó del cuello de Norton Ward, y acercó sus labios a los de él.

—Tú lo que eres es un bígamo, inspector.

—Supongo que eso te molesta.

—Qué tonto eres... ¡Por mí puedes empezar cuando quieras a ponerte fuera de la ley!

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía Baby, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1.100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle...